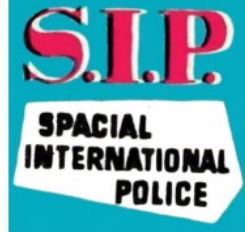


57
JOHNNY GARLAND ¡S O S, TIERRA!



¡S O S,
TIERRA!



¡S. O. S., TIERRA!



¡S O S, TIERRA!

Por

W. Sampas



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

© Ediciones Toray, S. A. — 1960

Depósito legal B. 16.141 - 1960

Número de Registro: 5.211 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA



CAPÍTULO PRIMERO

MUTILACIONES



A muerte podía llegar en cualquier momento.

Saber demasiado siempre es peligroso. Y él no sólo sabía demasiado, sino que estaba dispuesto a decirlo, a revelarlo a la Justicia. Era preciso, absolutamente preciso, si quería evitarse a tiempo aquel horror.

Él era el único que podía impedirlo. Bastaría una llamada a la SIP, La Spacial International Police tenía jurisdicción en ello. Ellos eran hábiles y poderosos. La fuerza legal más fuerte, más allá de las viejas fronteras terrestres, rebasadas años atrás por el hombre.

Dominó su nerviosismo fumando un cigarrillo. Era una decisión grave la suya. La había adoptado tras largas horas de meditación. La noche anterior, despertó con el lecho empapado en sudor; todo ello consecuencia de vueltas y más vueltas, de pesadillas y cavilaciones, del horror en que se sentía sumergido.

¿Por qué precisamente él, entre tanta gente, tenía que ser quien estuviera enterado de la horrible verdad? ¿Por qué...?

Nadie le iba a contestar la pregunta. Se la había hecho mil veces con igual resultado negativo. Ahora, cansado de ello, optaría por la acción. Y la acción inmediata sólo podía ser una: hablar; revelar la verdad a la policía.

Y eso es lo que iba a hacer acto seguido. Éste era el momento supremo.

Avanzó hacia el fonovisor y lo descolgó con gesto firme. Su pulso tembló,

sin embargo, con el auricular en la mano. Ante él se iluminó la pantalla televisora. La fluorescencia azul permaneció, mientras los nerviosos dedos del hombre manejaban los botones cifrados, para establecer comunicación.

Marcó el control “Tierra”, y luego el número internacional de la central del SIP, en Washington. La pantalla fluorescente se cubrió de ondulaciones luminosas, mientras la larga comunicación Marte-Tierra, pasando a través de los grandes canales auditelevísivos de los satélites receptores y repetidores que salpicaban el espacio, llegaba a su destino.

La conexión se efectuó. El rostro del operador del SIP apareció en la pantalla. Al hombre que llamaba desde Marte no le costó trabajo imaginar que su rostro también sería visible ahora por las pantallas terrestres, en la central visofónica de la SIP. No debía resultar muy fotogénico con aquella transpiración y la lividez de su contraído rostro.

—SIP recibiendo llamada desde Marte —dijo fría, monótonamente, el operador—. Hable, señor.

—Deseo hablar con Donald Callowan —pidió el hombre, tras una profunda inspiración.

—Lo siento, pero el señor Callowan no puede atender ahora a nadie. Si ha de formular alguna denuncia, habrá de comunicar con el departamento de Investigaciones.

—¡Es que yo conozco a Callowan, he tenido amistad con él! —protestó el otro—. ¿No puede hacer una excepción y darme línea directamente con él?

—Imposible, señor. Está reunido con el alcalde, el gobernador y el jefe de policía metropolitana de Nueva York. Sus motivos son graves e importantes, de modo que no podemos interrumpirles bajo ningún pretexto.

—¡Es que mis motivos también son graves! —gritó el hombre de Marte—. ¡Muy graves! Tanto, que quizás vaya en ello la seguridad absoluta de toda la raza humana, el peligro de un exterminio total en el mundo!

—Mire, señor —el rostro del operador era escéptico—. Recibimos miles de llamadas como la suya al cabo del año. Todas son vitales para el mundo, aunque luego resulte un error, una exageración o una falsa alarma. Sin embargo, atendemos todas las llamadas, porque alguna puede ser cierta. Le pondré con el inspector Hendrick Mason de Investigaciones, para que le atienda y...

—¡Espere, por Dios! —gimió el hombre. Pero era tarde. De la pantalla se borró el rostro escéptico del telefonista, y surgió la imagen de un hombre macizo y sonriente, de inteligentes ojillos.

—Inspector Hendrick Mason de la SIP al habla —dijo con voz recia y clara—. ¿Qué desea, señor?

—Quería hablar con Donald Callowan. Le conozco y...

—Es inútil, señor —declaró el inspector Mason con cierta sequedad—. Está muy ocupado ahora. Demasiado para poder atender a nadie. Explíqueme

a mí el asunto. Llama usted desde Marte, ¿verdad?

—S... sí...

—¿Su nombre?

—Lewis Bernados.

Mason preguntó:

—¿Domicilio?

—Avenida Astral, 3.717, Ciudad-Marte. Soy reportero gráfico del “Mars Herald”, en su edición fonográfica. Ya sabe usted, la edición grabada con páginas sonoras y fotografías...

—Sí, ya sé... Bien, señor Bernados, ¿qué es lo que sucede?

—Verá, señor. Hubiera preferido contárselo a Callowan, porque tengo cierta vieja amistad con él. Pero si no hay otro remedio...

—No hay otro remedio —aseguró el inspector, con ancha sonrisa, achicando sus ojillos estrechos—. Vamos, confíe en mí, señor Bernados. Soy su amigo desde ahora mismo. Y estoy dispuesto a servirle en lo que sea. ¿Qué le ocurre?

—Verá, inspector... Yo... yo poseo un film... que no he entregado a mi periódico...

—¿Y bien? —le alentó el inspector de la SIP, tras su larga pausa vacilante.

—Es... ¡es horrible, inspector! —casi gritó histéricamente Bernados.

—¿El que es horrible? —pidió Hendrick Mason, enarcando sus pobladas cejas. Contemplaba su propia, pantalla con interés, siguiendo las variaciones del rostro de su comunicante, a millones de millas de distancia—. ¿Va a concretar eso, por favor?

—Sí, inspector. Es que... cuanto más lo pienso... más horror me produce... —jadeó, aflojándose el cuello de su cerrado “sweater” plástico—, pero ese film demuestra, sin lugar a dudas, que nos amenaza un auténtico horror, si permitimos que el “Mutilador” opere... y haga realidad sus proyectos...

—¿El “Mutilador” ha dicho? —el inspector se irguió, intrigado—. Nunca oí hablar de nada así. ¿Qué es ello, Bernados?

—Algo escalofriante, inspector. Es... es una persona de la que nadie sospecha nada... Un ser normal en apariencia... ¡pero en su interior, oculta la personalidad de un auténtico monstruo, de un ser demoníaco y terrible, capaz de llegar a destruir a toda la raza humana, si así lo desea!

—¿De veras? —nuevamente, Lewis Bernados descubrió en su rostro la expresión de escepticismo que antes viera en el operador del SIP. Algo menos acentuado tal vez, pero escepticismo, incredulidad, a fin de cuentas. Y no era para menos. El policía añadió, tras un corto silencio de reflexión—: Bueno, Bernados, quisiera que se dejara de referencias vagas, confusas... y me concretara: ¿Quién es ese “Mutilador” y qué pretende? ¿Qué significa en realidad ese film que usted guarda consigo, sin entregar a su periódico?

—A ello voy, inspector. Escuche... —se irguió enjugándose el sudor de su frente y comenzó—: Tuve mi primera sospecha hace unos días. Entonces me resolví a hacer aquella película, sin que nadie lo advirtiese, naturalmente. Para ello, dejé una micro cámara, que captó la película durante mi ausencia. Cuando regresé recuperé la cámara y revelé el film, que es una cinta cinematográfica de cuatro milímetros.

—¿Microfilm?

—Eso es. Allí estaba la prueba, la horrible comprobación de que era cierto cuanto yo sospeché previamente.

—¿Por qué no se la ha entregado a la policía en Marte? —preguntó Hendrick Mason—. Sería mucho menos arriesgado... para usted.

—No me he atrevido. Ello compete más a la SIP, a su organización. Por eso le llamé desde aquí. No quiero perder más tiempo. Ya he perdido bastante, vacilando sobre lo que debía de hacer. Ahora es preciso obrar. ¡Obrar para impedir que ocurra!

—Por Dios, Bernados, tenga calma —pidió exasperado el hombre del SIP—. Para que ocurra... ¿qué? ¿Y por parte de quién?

—A eso voy ahora. Se trata de... —en aquel momento, la puerta del gabinete, a sus espaldas, zumbó suavemente, al deslizarse. Se estaba abriendo ¡Y Bernados sabía que estaba completamente solo en la vivienda!

Se volvió vivamente, sin proseguir lo que estaba diciendo. Le vio allí. Tal y como el propio inspector Hendrick Mason debía de estarle viendo ahora. Erguida la figura en la entrada, con aquella capa larga, interminable, negra, que cubría hasta los pies su silueta, cerrándose en torno al cuello. Y con la capucha de igual color, ajustada a la cabeza, dejando solamente asomar sus ojos centelleantes, malévolos.

—¡Nooo! —aulló Lewis Bernados—. ¡Eso no! ¡Es el “Mutilador”!

—¿Eh? ¿Qué mil diablos ocurre? ¿Qué significa...? —rezongó el inspector Mason, aturdido ante lo que aparecía en su visor, tras el rostro aterrorizado de Bernados. Contempló con asombro la figura envuelta en la negra capa. Vio sus manos, enguantadas también de negro, salir de debajo del manto plástico brillante que le envolvía—. ¡Bernados, hable! ¡Dígame lo que sepa, pronto! ¿Quién es ese enmascarado?

—¡Es “El Mutilador”! —gritó Bernados, agitando sus manos. El terror le hizo soltar el auricular, cuando en la diestra enguantada del visitante enmascarado, se vio brillar, centelleante, una larga, afilada hoja de acero—. ¡Viene a por mí!

La cabeza encapuchada afirmó lentamente. Una hueca, siniestra risa, brotó de debajo del capuchón. Luego Mason gritó desesperado:

—¡El nombre! ¡El nombre de ese encapuchado! ¡Hable, Bernados, diga algo!

Boqueó el hombre de Marte. Iba a responder. Pero cuando sus labios

empezaron a moverse, solamente una sílaba llegó hasta él.

—Es...

El encapuchado había extendido su zurda hasta una silla metálica, y la arrojó violentamente contra el aparato de fonovisión. La pantalla de aluminio estalló con una llamarada, y se quebró el tablero de vidrio y plástico destinado a la comunicación sonoro-visual.

En Washington, Hendrick Mason vio borrarse la imagen de la pantalla, con Bernados y su extraño visitante en ella. Luego, por el auricular llegó el estampido del delicado mecanismo al romperse y un grito agudo, desgarrador, indudablemente surgido de la garganta de Bernados.

—¡Bernados! —gritó—. ¡En, Bernados, responda! ¡Responda...!

Nadie la contestó. Solamente un ronco zumbido en el aparato. La conexión con el número de Ciudad-Marte, se había cortado definitivamente.

Y allá, a millones de millas de distancia, posiblemente se estaba cometiendo un crimen...

* * *

El número 3.717, de la Avenida Astral de Ciudad-Marte, era un bello edificio de treinta plantas, rodeado de jardines colgantes, aeropistas y largos puentes aéreos que comunicaban con la parte alta de la ciudad.

Frente a él se detuvo el vehículo conducido por Hendrick Mason. Saltó rápidamente al suelo el fornido, macizo inspector de la SIP, delegado especialmente por Donald Callowan, tras la extraña e inquietante llamada.

Ya la policía de Marte se hallaba allí, guardando el lugar. Eso reveló a Mason, mucho antes de entrar en la casa, que lo inevitable se había consumado. Un hombre uniformado, con el grado de capitán, se aproximó a Mason, cuando le vio avanzar decidido hacia la casa.

—Espere —cortó—. ¿Adónde va, señor?

—A ver a Lewis Bernados —informó escuetamente Hendrick, sin apartar la mirada de su interlocutor.

—No puede entrar.

—¿Por qué no?

—Está prohibido.

—Oh... —inclinó la cabeza—. ¿Le han matado?

—¿Cómo lo sabe? —el policía de Marte dio un respingo—. ¡Vamos, hable! No hemos comunicado aún la noticia a nadie. ¿Cómo se enteró?

—Muy fácilmente. Él me llamó, momentos antes de ser agredido! Le vi en la pantalla de mi visófono. Y también vi a su asesino... si ha habido asesinato.

—Sí. Ha habido asesinato. ¿Quién es usted?

—Inspector Henrick Mason, de la “Spacial International Police”.

Exhibió su credencial. El capitán de la policía se cuadró en respetuoso saludo.

—Lo ignoraba por completo, señor. ¿Dice que vio al asesino?

—Sí. Pero es como si nada. Le cubría una capa larguísima y un capuchón negro. Ni un solo momento resultó reconocible. ¿No pudieron darle caza?

El capitán exclamó:

—¿Caza dice? Nadie le ha visto salir de aquí. Y mucho menos, entrar. Hemos sabido de su muerte, porque llegó su exesposa y lo encontró tal como está. Eso fue esta mañana.

—¿Exesposa? ¿Es que era casado Bernados?

—Sí. Casado dos veces. Estaba divorciado de su mujer y ahora estaba a punto de separarse de la segunda. Era un tipo raro y difícil de entender.

—¿Qué esposa le halló, de las dos?

—La primera, desde luego.

—¿Y a qué venía ella a casa de Bernados? —se interesó Hendrick Mason.

—Es un caso raro. Tenían un hijo. El tribunal resolvió que había de pasar una temporada con cada uno. Hoy le correspondía iniciar su temporada con él. Pero no se encuentra muy bien, y ella misma vino a notificárselo. Lo halló muerto...

—Un feo hallazgo, ciertamente —asintió pensativo el inspector.

—¿Feo? —el otro enarcó las cejas—. Y eso que aún no lo ha visto todo. Venga conmigo, inspector. Mi nombre es Meredith. Jerry Meredith. Soy capitán de la Policía Civil en Ciudad-Marte. Precisamente ahora iba a ir destinado a un lugar donde mi trato con Bernados sería muy frecuente.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—Se trata de la nueva colonia terrestre en Marte, cerca del Mar Austral. Hemos sido elegidos determinados policías para ir allí a mantener la ley y el orden. Yo, entre ellos. Bernados y Sidney Walton, el redactor-jefe de su periódico sonoro-gráfico habían sido nombrados para montar allí el primer rotativo de información. Y así otros muchos. Quieren que “Colonia Austral” sea algo grande. Algo así como hicieron los brasileños hace cuarenta y tantos años, al crear su Brasilia, actual orgullo del mundo.

—Entiendo —Mason se rascó la cabeza, meditativo—. Y Bernados ya no irá nunca...

—Eso es —el policía se detuvo frente a la puerta corrediza que ya Mason viera anteriormente, a muchos millones de millas de distancia. La de acceso al gabinete de Lewis Bernados—. Bueno, empuje esa puerta y entre. Pero tendrá que tener un estómago fuerte.

Abrió sin vacilar. En el acto supo por qué había dicho aquello el capitán Meredith.

Allí estaba Lewis Bernados. O lo que quedaba de él.

La sangre lo empapaba todo. Era escalofriante, brutal y horrible, ver tanto rojo salpicando muebles, alfombra le espuma, muros y objetos. A Mason le

recordó un atroz matadero de abominable aspecto.

Sobre aquella sangre yacía Bernados. Pero alguien había llevado su terrible sadismo al extremo de cortarle manos y cabeza. Un tajo perfecto, limpio y horrendo, había cercenado el cuello, seccionándoselo. Igual operación se había realizado a la altura de las muñecas en ambas manos.

Además, el criminal había llegado más lejos; tras su escalofriante mutilación se había llevado consigo las manos y cabeza cortadas...

—Horrible, ¿verdad? —comentó a sus espaldas el capitán Meredith—. Pues no es la primera vez que ocurre, inspector... En este mes, llevamos dos muertes anteriores a la de Bernados. En ambos casos, a la víctima le fue seccionado el cuello y sus manos cercenadas. También en las dos ocasiones, el asesino hizo desaparecer los miembros cortados...

CAPÍTULO II

TRAS LA PISTA



RA difícil encontrar por dónde empezar. Hendrick Mason notificó mediante espaciograma dirigido a Donald Callowan, lo sucedido. La respuesta, de éste fue precisa.

“Continúe investigación. Aparentemente, caso no corresponde jurisdicción SIP, pero hecho denunciarnos Bernados el peligro a nosotros, y suceder en Marte, nos da derecho a seguir adelante. Colabore policía civil Marte. Saludos:

Callowan”.

Hendrick ya tenía el firme propósito de iniciar las investigaciones. El hecho de ser único testigo del crimen, de haber visto en la pantalla de televisión al asesino encapuchado momentos antes de cometerse el delito le daba un cierto privilegio, para ser el directo encargado del caso.

Hacía años que dejara de ser un simple agente, para convertirse en inspector-jefe de la Sección de Investigaciones. Ahora, le parecía regresar a sus heroicos tiempos de agente del SIP, en constante lucha contra los enemigos de la Ley, contra el imperio del crimen, que siempre existieron en el mundo y allí donde los habitantes del mundo llevaran su semilla colonizadora.

Investigó en primer lugar acerca de las dos esposas de Bernados, aunque sabía que por aquel lado no parecía fácil encontrar cosa alguna útil, en relación con aquel misterio. La muerte de Lewis Bernados no era un crimen pasional, ni mucho menos.

La primera mujer se llamaba Esther. Anteriormente, Esther Bernados, y en el momento del crimen, Esther Robson, por su matrimonio inmediato con el joven físico Alex Robson. Matrimonio que no había bastado a concederle la total custodia de su hijo con Bernados, pese a que éste nunca fue un portento como padre, según revelaciones de Esther Robson, de Alex y de otras personas menos interesadas en el caso.

La segunda esposa era una mujer autoritaria, dura y poco flexible, que estaba dispuesta a separarse también de Bernados, por su raro carácter y sus manías un tanto propias de un neurasténico.

Su nombre era Dora. Mientras Esther era rubia, esbelta y de aspecto más bien melancólico, Dora Bernados poseía una figura enérgica y ancha, potente busto, amplias y rudas caderas, y fuertes piernas, musculosas y flexibles. Una melena roja y crespa remataba su rostro, de una belleza casi salvaje.

A Hendrick no le gustó su comentario, cuando ella supo lo de la muerte de su marido, de quien vivía ya alejada últimamente.

—Me alegro de que haya ocurrido esto, inspector —fue lo que se le ocurrió decir—. Así me evitaré las molestias de una separación legal. Después de todo, Bernados está mejor muerto...

—Muy compasivo de su parte, señora —había replicado agriamente

Mason.

Pero a pesar de aquella dureza y poca humanidad, tampoco la mujer parecía demasiado relacionada con el fin de su marido, y Hendrick Mason se dijo que andaba dando palos de ciego en un callejón sin salida. De un momento a otro, se daría de bruces con un muro y tendría que volver a empezar. Pero siempre ocurría así al principio de cualquier caso.

Su paso inmediato, se encaminó al aspecto más desconcertante del asunto. Recordaba que Bernados le habló de alguien llamado “El Mutilador”. El capitán dijo que, ciertamente, algunos periódicos de Ciudad-Marte, entre ellos el “Mars Herald”, donde trabajaba Lewis Bernados, habían publicado noticias relacionadas con “El Mutilador”, como dieron en llamar los reporteros, siempre deseosos de sensacionalismo, al autor de las dos muertes anteriores.

—A eso quería llegar yo —dijo en ese punto el inspector Mason—. ¿Quiénes eran las dos víctimas anteriores y cómo sucedieron las cosas, capitán Meredith?

El policía de Marte extrajo de su archivo una carpeta con el título de “Mutilador”. Mason le contempló con cierta ironía, mientras soltaba los cierres metálicos de la carpeta plástica.

—Al parecer, no sólo los periodistas utilizan ese dramático nombre, ¿eh? —observó burlón.

—Bueno, esas cosas se contagian. Y creo que el nombre responde bien al caso. Ahí encontrará todo el material relacionado con los dos asesinatos anteriores, seguidos de mutilación de las víctimas.

Hendrick Mason asintió. Extrajo las primeras estereofotos en color obtenidas en los lugares de los asesinatos. Eran tan espeluznantes como la propia realidad presenciada por él mismo en casa de Bernados. Un horrible y estremecedor cadáver, sin manos ni cabeza, aparecía en ambos casos en el centro de una charca de sangre difícilmente aceptada por la sensibilidad humana. Y eso que Hendrick se había habituado a presenciar cosas desagradables en su larga carrera de policía.

Leyó los nombres en cada caso.

Primera víctima: Alfred McDavis. Residente en Ciudad-Marte. Profesión, arquitecto. Veintinueve años de edad. Identificado por una señal de nacimiento en su espalda. Soltero. Vivía con un hermano, que halló su cuerpo. Ese hermano se llamaba Duncan McDavis. Como el muerto, era nacido en el Canadá. Residían desde hacía tres años en Ciudad-Marte. Causas de la muerte, ignoradas. Posible autor: nadie. Enemigos personales: ninguno.

Aquello no arrojaba la menor luz sobre el caso.

Hendrick frunció el ceño y pasó a la siguiente víctima.

Segunda: Janos Buzek. Húngaro. Residente un año en Ciudad-Marte. Cirujano. Especialista también en cirugía plástica. Cuarenta y tres años. Sin familia. Pero vivía con una enfermera de treinta y tantos años, Laura Hatfield.

Se murmuraba que era algo más que enfermera. Pero no se pudo demostrar. De cualquier modo, el doctor Buzek no llegó a casarse con ella. También había otra enfermera más joven, una muchacha inglesa llamada Wilma Craig, de veinte años. Actualmente, se ignoraba dónde prestaba sus servicios. Wilma y Laura Hatfield parecían totalmente ajenas al sangriento suceso. El lugar donde aparecía el cadáver, decapitado y sin manos, como el anterior, era su propio consultorio, en Planetarium Circle, Ciudad-Marte. Enemigos personales de Buzek: ninguno. Motivos del crimen: ignorados.

Otro caso sin aparente luz. Pero en este, Hendrick se detuvo más tiempo, examinando las fotografías que existían del doctor, en vida, los datos, documentos, declaraciones, etc.

Cierto que era un hombre sin nada en común con Bernados, o con McDavis, el arquitecto. Cierto que tampoco parecía tener enemigos ni razones para que nadie le atacara con deseos homicidas, ni sospechoso alguno cerca de él.

Pero Buzek había sido cirujano.

Eso por sí solo constituía un aspecto singular del caso. Podía ser simplemente casual, por supuesto. Pero Hendrick Mason era un hombre minucioso. Y, como tal, enemigo abierto de toda casualidad. Él aseguraba que, en una investigación criminal, siempre era sospechosa la menor casualidad, e igualmente lo era una coartada demasiado perfecta o una inocencia excesivamente clara.

Hasta entonces, el “Mutilador” había demostrado dos cosas: una ferocidad implacable y un conocimiento sólido del bisturí, para ejecutar su bárbara operación. ¿Por qué, precisamente, la segunda víctima era un médico cirujano? ¿Casual? ¿O tal vez no?

Janos Buzek había muerto como todos los demás. En su caso no había diferencias específicas con el anterior, del arquitecto McDavis, ni con el siguiente, Lewis Bernados. Pero Mason quería descubrir si la policía no se había quedado corta, y en torno a Buzek quedaba algún hilo suelto, que pudiera conducirlo al final propuesto.

Tampoco podía olvidar Mason que Lewis Bernados, en su dramática llamada por visófono, aseguró “saber”. ¿Saber qué? No llegó a decirlo. Pero Mason recordó lo que revelara el reportero gráfico. Había situado una cámara diminuta en alguna parte donde residía o acudía alguien a quién él conocía y de quien había sospechado. Ese alguien, hizo ante el objetivo oculto una tarea que le delató. Pero evidentemente, tenía la sagacidad precisa para haber advertido que Bernados sospechaba de él y le vigiló y actuó oportunamente, cuando él iba a hablar.

La cuestión era saber a qué sitios podía tener habitualmente acceso Bernados, y luego intentar hallar el nexo. No iba a ser una tarea fácil, ni mucho menos. Un reportero se mete en mil sitios inverosímiles, viaja y se desplaza constantemente.

Acaso fuera mejor intentarlo primero con Buzek. Luego tendría ocasión de seguir el rastro en torno a Bernados. Tampoco podía olvidarse de que, al parecer, el caso requería cierta urgencia. Porque Bernados había asegurado que era preciso impedir un auténtico horror que amenazaba a todos los seres. Quizás exageró. Pero en algo no había exageración: en su espantosa muerte a manos del “Mutilador”.

Con un suspiro, Hendrick Mason cerró el legajo de los casos del “Mutilador”. Iba a lanzarse resueltamente tras de su pista. Nadie mejor que la enfermera Hatfield, para darle los primeros informes. Luego buscaría a la joven Wilma Craig. Y así, de eslabón en eslabón, trataría de unirlo todo y formar una cadena.

La SIP había entrado en acción, tal y como deseara Bernados. Si él había muerto, llevado por su afán de difundir una verdad horrible, al menos su sacrificio no había sido estéril.

La “Spacial International Police” se había hecho cargo del caso. Y la SIP jamás abandonaba un asunto hasta esclarecerlo totalmente.

* * *

Hendrick Mason terminó de grabar en cinta magnetofónica sus conclusiones.

Estaba virtualmente a mitad de camino, pero algo empezaba a cobrar forma. Sus investigaciones seguían buen cauce. Lentamente, y paso a paso, iba siguiendo el rastro de los crímenes.

Ya había terminado con la investigación referente a McDavis y al doctor Buzek. Solamente uno de sus personajes no apareció, por haberse ausentado de su residencia en Ciudad-Marte, sin dejar dirección inmediata. Hasta entonces, la búsqueda había sido inútil. La enfermera Laura Hatfield, la amistad del doctor Buzek de quien tanto se murmurara, había desaparecido.

Nadie sabía su paradero.

Ahora, tenía que iniciar la investigación en torno a Bernados.

Pero todo esto se complicaba bastante con la nueva realización urbana de Marte. La Colonia Austral, edificada cerca del Mar Austral del planeta marciano, había atraído a muchos colonos terrestres residentes en Marte, que deseaban un alojamiento confortable y perfecto, tal como les aseguraba el solo hecho de inscribirse como ciudadanos de la nueva gran ciudad, y entre aquellos residentes se encontraban las dos esposas de Bernados, los principales elementos del periódico en que trabajaba Bernados, entre ellos el redactor-jefe Sidney Walton, y el director O'Malley, directos colaboradores y amigos de la víctima. Todo el mundo acudía a la flamante ciudad. Había oído a otros muchos comentar que trasladaban su residencia allí. Entre ellos, la joven Wilma Craig, la inglesa que fuera enfermera auxiliar de Buzek, y Duncan McDavis, el hermano del arquitecto muerto a manos del “Mutilador”. Parecía como si todos sus personajes importantes hubieran querido burlarse de

él, dejándole solo en Ciudad-Marté. Incluso el capitán Meredith, de la policía, salía dos fechas después con destino a Colonia Austral.

Hendrick Mason hizo una rápida composición de lugar y comprendió que solamente había un camino: desplazarse también él a Colonia Austral.

Todo antes que renunciar a la búsqueda. Había registrado la vivienda de Bernados, sin hallar absolutamente nada. Claro que un microfilm puede ocultarse en cualquier parte, incluso en la más insospechada. Y también era bien cierto que el “Mutilador” pudo habérselo llevado consigo, si Bernados cometió la imprudencia de llevarlo consigo. Un tipo tan listo como aquel extraño y fantástico encapuchado no dejaría tras de sí una prueba reveladora capaz de acusarle con igual virulencia que la voz del muerto.

Reservó pasaje en el “Transmarciano”. La aeronave con una capacidad de ciento cincuenta pasajeros hacía numerosos servicios regulares, entre ciudades, colonias y campamentos, sobre la rojiza superficie del planeta. Ahora tenía completas sus plazas durante dos meses, con motivo de la población de Colonia Austral. Pero bastó que Hendrick Mason mostrara sus credenciales de la SIP, para que en el acto le fuera proporcionada una plaza.

—Vaya, Mason —comentó el capitán Meredith al enterarse—. ¿Usted también ha sido ganado por la belleza de la nueva ciudad y su aspecto ultramoderno?

—No, Meredith. Yo no me dejo ganar por bellezas urbanísticas o arquitectónicas —rió fuertemente el hombre del SIP—. Si voy a Colonia Austral, es porque deseo ver a gentes que ya están allí o están preparando su viaje allá. Le aseguro que no me dedicaré a hacer turismo.

—Sí, yo también lo creo, a juzgar por cómo es usted. ¿Cómo va el caso?

—Regular nada más. Creo que veo algunas cosas claras. Pero me falta lo más importante: motivos, identidad del culpable, relación entre los tres hombres asesinados...

—Diablo, si logra usted esclarecer este enigma, será un verdadero genio. Le confieso que yo no veo nada claro. Estamos desconcertados por completo.

Mason preguntó:

—¿Han dado ustedes con Laura Hatfield, la enfermera del doctor Buzek?

—No. La buscamos tanto o más que usted, pero nadie sabe dónde está. Hemos publicado un anuncio, por si ella lo lee, pero dudo que eso dé resultado alguno.

—Yo también. Y empieza a preocuparme esa mujer. Creo que, si ha desaparecido, es por algo.

—¿La cree complicada en el asunto?

—Puede estar complicada... o haber sido asesinada, capitán —manifestó gravemente el inspector del SIP.

* * *

El “Transmarciano” estaba a punto de despegar.

Era muy intenso el movimiento en el espaciódromo de Ciudad-Marte. Numerosos colonos terrestres, residentes varios años en Marte, estaban disponiendo ahora su traslado al nuevo lugar edificado, ya que las facilidades que las autoridades concedían, e incluso las subvenciones monetarias para ayudar a los nuevos habitantes de Colonia Austral, resultaban muy tentadoras para la gente que cambió el clima de su lejano mundo, por la dureza del año marciano, abundante en grandes temporales, convulsiones y bruscos cambios de temperatura, desde el más intenso calor al frío más agudo.

Las ciudades, en su mayor parte edificadas en zonas ligeramente templadas, poseían sus gigantescos sistemas de calefacción, aire acondicionado, y todo cuanto podía hacer confortable a las gentes de la Tierra, la estancia en sus casas e incluso el desfilar por las amplias avenidas, bajo las radiaciones térmicas de los calefactores callejeros. Pero a pesar de todo ello, era precisa una gran decisión y valor para residir en aquel planeta de duras condiciones atmosféricas por su lejanía del Sol.

Hendrick Mason llegó al espaciódromo en un turbo móvil. En principio, Meredith había quedado en ir con él a Colonia Austral en aquel viaje, pero a última hora surgieron complicaciones y el capitán de policía demoró su viaje para dos fechas más tarde, para atender casos de urgencia en la policía de Ciudad-Marte.

Mason no quería retrasar su viaje a la nueva ciudad, de modo que no anuló su billete, y acudió puntualmente a su cita con la nave transmarciana de pasajeros.

Entregó el billete en el contador-robot de la entrada del espaciódromo, que le devolvió la pieza contraseñada, y le franqueó electrónicamente la puerta de acceso a las pistas de despegue.

Caminó por la enorme cinta de asfalto, en la que se veían las formas plateadas y esbeltas de las naves espaciales o marcianas. El “Transmarciano” era el que se hallaba más cerca, con su forma de delfín, en bruñido metal aluminizado, y roja proa.

Una alta escalera metálica y flexible, daba acceso a la Sección A de viajeros, donde él tenía su asiento. Al llegar a la portezuela de la nave, casi se dio de bruces con la azafata de a bordo.

Era una muchacha de uniforme escarlata, con el planeta Marte sobre un escudo azul, adherido a su guerrera y a su gracioso gorro ladeado. Al choque con el fornido Mason, se sonrió mientras él se disculpaba:

—Oh, perdone, señorita... No quisiera haberle hecho daño...

—No es nada, señor —consultó el número de control de su billete—. Sígame, por favor.

Le acompañó hasta su asiento. Su vecino de butaca en aquel viaje estaba ya sentado, y leía con despreocupación una revista ilustrada. Al llegar Mason con la azafata, levantó la vista, comentando con voz risueña:

—¡Vaya! De nuevo vuelve mi hermosa azafata. ¿Es usted una mujer o un

ángel en el espacio marciano, preciosidad?

Ella rió, divertida. Sus ojos, grandes y pardos, centellearon burlones ante las palabras del joven.

—Es usted incorregible —dijo con cierto placer en el tono—. ¿Nunca ha sido capaz de hablar seriamente, señor?

—Jamás hablé más seriamente en mi vida, ángel de cabellos rojos.

Mason sonrió también. Era bien cierto, porque la azafata poseía una suave melena rojiza, aunque sin pasar apenas de un tono cobrizo. También tenía una figura maravillosa. El muchacho no tenía mal gusto, evidentemente.

Pero al mirar a éste por vez primera, tras recoger su billete de vuelo, lanzó una interjección Hendrick Mason.

—¡Diablos, tú! —farfulló—. ¡Ward Logan!

—El mismo, amigo. Y tú eres nada menos que Hendrick Mason, cerebro analítico y corazón, de hielo —el llamado Ward Logan se apresuró a estrechar con energías la mano del inspector de la SIP—. Es una gran sorpresa, Hendrick. ¿También a Colonia Austral?

—También —suspiró Mason, sentándose—. Y, a lo que veo, somos compañeros de viaje. ¿Cómo es eso, Logan?

—Bueno, ya me conoces. Soy un tipo raro y me gusta ir de acá para allá... Creo que me gusta todo lo nuevo-y me aburre lo viejo. Por eso me decidí a venir a Marte. Por eso ahora me dirijo a la más nueva ciudad marciana. ¿Y tú, Hendrick? ¿Qué haces por este viejo y lejano mundo, que nuestros antepasados poblaron de tipos verdosos y de “platillos volantes”, con su raquíica imaginación?

—Lo de siempre, Ward. Trabajo.

—¿Para la SIP?

—Eso es.

—Sí. Tú rara vez cambias de vida, ¿eh? Ya ves lo que son las cosas —rió Ward Logan, echándose atrás en el asiento, con la sonrisa bailando en sus pupilas grises bajo el mechón rebelde de cabellos negros que barría su amplia frente de intelectual, un poco en desacuerdo con su atlética complexión de hombre deportista—. Un hombre metódico y paciente como tú... viajando hacia un mismo lugar, con un tipo anárquico, inquieto y rebelde como yo. Después de todo, Hendrick, las personas no somos muy diferentes en el fondo. A la larga, nuestros caminos, por opuestos que sean, terminan por encontrarse. Aunque sólo sea en un viaje de unas horas...

CAPÍTULO III

UN HOMBRE ORIGINAL



Hí la tienes, Hendrick. Ésa es Colonia Austral. Algo maravilloso, ¿no te parece?

—Sí, lo es —asintió Mason, tras contemplar la blanca, centelleante estructura de bellísimos edificios, alzada en medio de un rojo páramo. Al fondo, no muy distante, el Mar Austral, amplio y sombrío, de aguas grisáceas, densas y turbias, se extendía como una enorme mancha plomiza que reflejaba en su superficie la nublada atmósfera de Marte—. Demasiado hermoso tal vez para un planeta viejo y agonizante como Marte.

—A pesar de su vejez, todavía durará sus docenas de siglos —rió Ward Logan—. Yo me conformaría con vivir la mitad que este vetusto mundo.

—Terminarías cansándote de la vida —suspiró Mason—. El hombre debe vivir justamente lo que le corresponde. ¿Para qué aspirar a imposibles? Incluso si ello fuera factible, creo que no me inscribiría en la lista de aspirantes a una vida de siglos. Prefiero morir a mi tiempo. No sabría qué hacer, la verdad, cuando supiera que había cumplido cuatrocientos años y que aún me quedaban, a lo mejor, diez mil más. Sería francamente horrible, Ward.

—Visto así, tal vez tengas razón —Logan soltó una carcajada—. Sin embargo, supongo que no por ello desearás morir.

—Por supuesto. Amo la vida como el que más. Y odio más que nadie en el mundo a aquellos que atentan cobardemente contra la vida del ser humano. Quizá por eso me hice policía, Ward.

—Por eso... y porque tienes metodismo, agilidad mental y una gran paciencia, Hendrick. Un tipo inquieto nunca será un buen policía.

—En eso creo que te equivocas, Logan. Cualquier hombre puede ser un buen policía, si tiene cerebro, agudeza y sentido de la lógica. Incluso con

todos los progresos del siglo Veintiuno, todo eso sigue siendo la perfecta disposición del agente de policía, Logan. ¿No quisiste tú mismo ser policía?

—Cierto. Ingresé en la Escuela Espacial de la SIP, ¿no lo recuerdas?

—Y estuviste diez días —se lamentó Hendrick—. Te cansaste y enviaste al diablo tus deseos de emular a Sherlock Holmes, ¿no es eso?

—Cansarme no es la palabra justa, Hendrick. Vuelve a aquello que te dije antes. Soy un tipo desigual y bohemio. Comprendí que no tenía espíritu para aceptar una disciplina, un método y un autodomínio sobre sí mismo. Lo mandé todo al diablo.

—Y sigues holgazaneando sin rumbo por la vida —gruñó Mason—. ¿Crees que eso es mejor? ¿Merece la pena nacer rico, como tú, para vivir de esa forma?

—Tiene sus ventajas —aseguró muy serio Logan, mientras el “Transmarciano” empezaba a descender suavemente, planeando sobre la maravillosa ciudad—. Hoy hago periodismo, mañana dibujo, al otro financo a un arquitecto o un escultor en un proyecto absurdo pero hermoso... No me pidas otra cosa, Hendrick, porque soy incapaz de darla. Tal vez tengas razón, y los millones que heredé me hayan estropeado. Pero estamos hablando demasiado de mí, que soy un tipo sin nada de interés, y nos hemos dejado aparte el mejor tema: tú, Hendrick. ¿Qué mil diablos andas haciendo en Marte? ¿Buscando algo?

—Sí, Ward. Busco a un asesino.

—Diablo. Eso es serio, ¿eh?

—Muy serio. Es un asesino especial. Se llama el “Mutilador”.

—Oh, he leído algo de ello últimamente. Cercena la cabeza y las manos a sus víctimas, ¿no es eso?

—Sí, ese mismo. Un monstruo de sadismo y ferocidad. Tengo que cazarlo.

—¿Ya sabes quién es él?

—Aún no. Espero saberlo en breve. Para eso vengo a Colonia Austral.

—No querrás decir que ahí abajo está el “Mutilador”, ¿eh? —cómicamente, Ward señaló a la población blanca y soberbia que se extendía a sus pies, muy cerca ya.

—Eso no lo sé —el hombre de la SIP se encogió de hombros—. Pero puede estar la clave del misterio.

—¿Por qué no me cuentas eso, Hendrick? Resulta fascinante. Yo podría ayudarte. Conozco gente y...

—No, Ward; esto no es un juego para millonarios caprichosos. Es algo muy serio.

—Está bien, está bien. No es un juego. Suprimo lo que dije. Pero sigo

interesado en ello ¿Dónde vas a alojarte en Colonia Austral?

—No sé. Desconozco la ciudad, como todos.

—Entonces escucha esto, Hendrick. Yo me alojaré en el Hotel Nébula, donde ya me reservan habitación. Puedes venirte allí conmigo.

—No, no. Yo no soy ningún millonario. Cobro un sueldo y...

—Vas a venir al Nébula, cobres lo que cobres. Permíteme que te invite a residir como huésped mío en Colonia Austral. No será una invitación gratuita, de todos modos. A cambio de ella... pongamos que esta noche, o mañana por la noche, nos reuniremos a cenar los dos. Y me contarás ese fascinante caso del “Mutilador”. ¿De acuerdo?

—Aunque no lo estuviera, terminaría por embrollarme —rió Mason—. De acuerdo, hombre-torbellino. Iremos al Hotel Nébula. Pero las explicaciones del caso las dejaremos para mañana por la noche. Hoy tengo tarea. Y quizá de esa forma sean mucho más completas...

—Convenido, amigo —Ward Logan estrechó la mano de Mason con calor. Luego, al alzar la cabeza, se encontró con el rostro bonito de la azafata, que se inclinaba hacia él, risueña pero profesional—. ¡Oh, mi ángel marciano! Dígame que acepta cenar mañana conmigo, y renuncio a una cena apasionante con mi amigo Mason...

—Lo que le digo es que no se ha aplicado el cinturón de seguridad —manifestó ella sin emoción su la voz—. Y estamos bajando, señor.

—Cierto —Ward enarcó las cejas—. No conozco su funcionamiento. ¿Quiere usted cerrármelo, por favor?

Ella suspiró con fuerza, meneó la cabeza de un lado a otro, con aire de reproche, y luego se encaminó a él y cerró el cinturón en torno a su cintura. Pero maliciosamente, lo cerró al máximo. Ward boqueó, aprisionado.

—¡Eh, hombre, que me ahoga! ¡Afloje esto por Dios!

—Disculpe, señor —habló ella, burlona. Soltó un cierre—. ¿Así está mejor?

—Claro —expulsó aire de sus pulmones. Luego clavó en ella una torva mirada—. Creo que voy a presentar una reclamación contra usted. ¿Cómo se llama?

—Debbie Stewart, señor —declaró la azafata muy seria.

—Debbie... —meditó Ward—. Un robot que leía el porvenir me dijo una vez que me casaría con una chica llamada Debbie... Señorita Debbie Stewart, ¿quiere usted casarse conmigo?

Ella le miró boquiabierta, sin saber si hablaba en serio o bromeaba. Finalmente se encogió de hombros, dio media vuelta y se alejó, comentando:

—Está usted loco.

—Ella tiene toda la razón —añadió con un suspiro Hendrick Mason.

* * *

Ward Logan se levantó tarde aquel día.

Se desperezó ante el amplio ventanal del Hotel Nébula, que asomaba su plataforma, blanca y audaz, al centro mismo de la gran ciudad. Los edificios, blancos y rectilíneos, eran como obeliscos asombrosos, proyectados hacia el azul. Las avenidas y calles, soberbias calzadas de asfalto plastificado, blanco y deslumbrador, con aceras de un pequeño y multicolor empedrado, grandes jardines artificiales, salpicando de verde la urbanización, y un constante clima apacible, creado artificialmente por enormes “climatores”, que irradiaban calor a través de un sistema especial de rendijas en suelos y muros.

El escaso oxígeno marciano, más escaso aún en aquellas latitudes australes, era obtenido al máximo por un sistema de absorción de oxígeno, unido a la producción normal de los generadores de aire respirable, totalmente necesarios en todos los planetas habitados por el hombre, y mucho más pobres en oxígeno que la Tierra.

Logan contempló aquel prodigio arquitectónico desde su alcoba. Luego encendió un cigarrillo y permaneció un largo rato abstraído. Aún no había gran cantidad de gentes en Colonia Austral. En realidad, era el principio a la vida de una nueva ciudad, y sorprendía la dispersión de gentes en las enormes calles, bajo las marquesinas audaces y los salientes increíbles de las fachadas, caminando entre el sistema de luces de tráfico, totalmente automáticas, las estaciones de aeromóviles, los puestos de televisión, en rectangulares postes blancos, muy abundantes por doquier, y en cuyas pantallas seguirían siempre los transeúntes de la nueva ciudad toda la actualidad interplanetaria.

Pronto Colonia Austral sería un enorme hormiguero, pero ahora todavía parecía una ciudad desierta, un lugar vacío, donde un puñado de hombres, mujeres y niños, apenas si significaban algo. Eran como almas dispersas, en un paraíso demasiado grande, frío y luminoso. A Ward Logan, que en cierto modo tenía espíritu poético, le pareció de pronto increíblemente desnuda y glacial.

La ducha fría, el masaje de aire y el afeitado, unido a un buen desayuno, sin las odiosas píldoras vitamínicas ni los líquidos comprimidos, que Ward tanto aborrecía, obraron el milagro de alejar esas deprimentes ideas de su imaginación, y Colonia Austral volvió a parecerle hermosa, revolucionaria y fantástica, bajo el tibio sol marciano, demasiado distante. Aunque si hubiera estado tan cercano como en la Tierra, es posible que la luz de la población hubiera cegado los ojos, pues tal era la blancura bruñida de los materiales utilizados en la construcción de la novísima urbe.

Por el interfono dotado de pantalla televisora llamó a la habitación 912, correspondiente a su amigo Hendrick Mason, el hombre de la SIP. No

respondió nadie. De abajo fue informado por una voz grabada en magnetofón, que actuaba automáticamente al hallarse ausente alguien del hotel:

—Su comunicante ha salido. No dejó encargo.

Colgó sonriendo. Así era Hendrick Mason. En vez de reposar tranquilamente hasta bien entrada la mañana, estaría ya recorriendo la ciudad, sin contemplar ni uno solo de sus prodigios arquitectónicos, atento solamente a su labor. Era un policía con alma de policía, pensó Ward admirado.

Tomó el “telepress”. Era una edición impresa en plástico, con la última edición de noticias televisadas por la Cadena Universal. Ward frunció el ceño. De los periódicos impresos, solamente le interesaban las chicas bonitas, fotografiadas con poca ropa y en tres dimensiones, las reseñas deportivas de la Liga Mundial de béisbol, y los programas de los cinescopios. Pero ahora era distinto.

Leyó los titulares de una de las noticias de actualidad en Marte como en la Tierra o Venus, ya que lo que sucediera en un planeta repercutía siempre en los demás.

La policía desconcertada. Sigue sin aparecer el misterioso asesino de Marte. ¿Quién es y dónde se oculta el “Mutilador”? ¿Por qué decapita y deja sin manos a sus víctimas?

Aquello era interesante. Y podía acudir a la cena con Hendrick teniendo ya una cierta idea del caso. Lo empezó a revisar, con sumo afán.

Era un relato de los tres crímenes acaecidos. McDavis, Janos Buzek, y finalmente un reportero llamado Lewis Bernados. Eran los tres hombres asesinados. Y, al parecer, el último de ellos murió en dramáticas y asombrosas circunstancias, virtualmente ante los ojos mismos de Hendrick Mason, que asistió por la pantalla del visófono a la llegada del “Mutilador” a la vivienda de Bernados, si bien luego la imagen desapareció, y entonces se consumó el crimen, sin que la víctima hubiera podido revelar nada.

Ward Logan devoró aquellos datos, con desusado interés. Luego, abstraído, dejó el periódico sobre un mueble. Incluso una linda “Miss Continental”, elegida en Miami Beach, y la reseña de los partidos celebrados en la Liga de béisbol dejaron de atraer su atención ahora.

Después de todo, Ward hubiera sido policía, de no poseer un carácter tan inconstante y frívolo. Ese instinto le hacía interesarse por un caso, cuando realmente ofrecía facetas extrañas.

Y Ward Logan, que reflexionaba y sacaba conclusiones de un modo totalmente arbitrario y personal, se hizo una pregunta que acaso nadie se había hecho aún. Ni siquiera Hendrick Mason:

—¿Dónde guardará el “Mutilador” esos restos humanos cercenados?

Imaginó tres cabezas humanas y seis manos, y ello no le impresionó demasiado. Ward no era impresionable. Trató mentalmente de buscarles acomodo en alguna parte. Renunció a ello. Uno no encuentra fácilmente un sitio seguro, al que la policía no llegue, donde se puedan almacenar cabezas y manos, como si fueran botellas.

—Tal vez se haya deshecho de ellas —pensó. Pero se preguntó en el acto —: Pero entonces ¿para qué diablos las corta?

Parecía un sadismo innecesario, o un modo de firmar sus horribles delitos, pero en ambos casos el motivo se supeditaba a un simple desequilibrio o deformación mental del asesino. Demasiado fácil. A él le parecía que el “Mutilador” era un tipo terriblemente lógico y frío. Si hacía aquello, era por algo.

Pero ¿por qué?...

—Al demonio con el asunto —rezongó encogiéndose de hombros—. Es cosa de Hendrick, no mía. Pude haber sido de la SIP, pero no lo soy. Eso es lo que cuenta.

Salió del Hotel Nébula y se encaminó hacia la Gran Avenida de Colonia Austral. Por el camino fue echando ojeadas a los televisores públicos, donde se proyectaban noticias filmadas. Ninguna le interesó. En la Gran Avenida algunos grupos se paraban ante los postes de TV. Por los suaves altavoces le llegó la voz del locutor emitiendo con un tono algo tenso:

—El boletín meteorológico prevé que habrá grandes alteraciones atmosféricas en la zona sur y este de Marte. El Satélite del Tiempo Número Seis informa de la aproximación de grandes núcleos tormentosos a las zonas australes de Marte, por lo que todas las precauciones serán pocas en las ciudades de esa región, a causa de los posibles maremotos y tifones. De todos nosotros son sabidas las violentas convulsiones de Marte o Venus, cuando estos bruscos cambios se suceden. Alerta, pues, a varias ciudades, especialmente la nueva Colonia Austral, que deberá reforzar sus defensas magnéticas anticiclónicas y antiborrasca, para mantener a la población fuera de todo peligro... En cuanto a las alteraciones en Venus...

La gente se iba apartando. También él. Eso ya no les interesaba. Era el grave problema de los cambios atmosféricos en Marte, realmente catastrófico, en algunas ocasiones, el que preocupaba a la gente en Colonia Austral.

Por fortuna, el sistema de antitormentas, la última maravilla en el terreno electromagnético, preservaba a las ciudades de la ira desatada de los feroces elementos marcianos, y eso impedía el pánico. Pero siempre preocupaba una noticia de esa índole.

Ward Logan entró en el Cobalto Club. Era un edificio circular, asombroso, dotado de enormes vidrieras o galerías circulares, en torno a una barra o

mostrador central, igualmente circular, donde se podía servir hasta doscientas personas a la vez. Mesitas íntimas y recogidas salpicaban la sala, junto a los grandes ventanales por dónde penetraba la violenta, blanquísima claridad de la ciudad recién nacida.

—Un combinado de frutos venusianos —pidió al barman—. Fresco y dulce, ¿eh, amigo?

El barman asintió, disponiéndose a servirle. En aquel preciso instante, la mujer sentada junto a él en la barra volvió la cabeza, como atraída por el sonido de la voz de Ward. Lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Vaya! ¿Usted?

Ward la contempló, también gratamente sorprendido. Y sonriendo observó:

—Aunque esta ciudad produce la impresión de estar vacía, en realidad aloja ya en sus casas más de doce mil personas. Y, casualmente, nos volvemos a encontrar usted y yo, señorita Debbie Stewart.

La azafata rió de buena gana.

—No se le ha olvidado mi nombre, ¿eh? —observó divertida—. ¿Aún piensa en presentar una reclamación contra mí a la Compañía Aérea?

—No, no —negó él—. Lo que aún pienso es pedirle lo que le pedí entonces: ¿quiere usted casarse conmigo?

CAPÍTULO IV

LABIOS SELLADOS



VIDENTEMENTE, señor Logan, usted está burlándose de mí, o disfruta diciendo insensateces. Y ahora puedo decírselo, porque no soy azafata ni usted viajero.

—Me ha llamado Logan. ¿Es que me conoce?

—Quizá no recuerde usted que su compañero de viaje le llamó por su nombre delante de mí. Pero de todos modos, otros me han hablado ya de usted. Sé que se llama Ward Logan. Y sé quién es.

—¿Quién soy? Yo aún no lo sé.

—Un hombre cargado de millones y de manías, que tiene demasiado dinero para trabajar y demasiadas manías para ser como los demás.

—Eso podría sonar duro, señorita Stewart. Pero en sus labios es puro almíbar.

—Pues lo siento, pero no quiero que suene dulce. Me fastidian los hombres como usted, señor Logan.

—Siga, siga. Es interesante saber lo que una azafata sonriente y obsequiosa piensa de uno en cuanto no vuelan juntos, como empleada y pasajero.

—Seguiré. También sé que se las da de conquistador y que enamora a todas. Pero conmigo se equivoca. No me gusta usted. No me gustan los millonarios, y mucho menos los jovencitos y engréidos. Ahora, en el próximo viaje que haga, puede presentar contra mí cuantas reclamaciones quiera. Supongo que ésa será su venganza.

—Es usted terriblemente cruel, Debbie. ¿De verdad me cree como me ha pintado?

—Sí. Así me lo han descrito y así he creído verle yo. Disculpe si le ofendí.

—No, no, nada de eso. Es difícil ofenderme a mí —rió Ward Logan—. Y usted menos aún que nadie. ¿Sabe lo que digo siempre? Prefiero que hablen

mal de mí, a que no hablen nada. Al menos, soy lo bastante importante como para que se ocupen de mí, aunque sea negativamente. Unos pueden hacerlo por envidia, otros por error... y otros porque realmente están en lo cierto. Ya ve que soy razonable y acepto mis propias culpas, si existen.

La bella pelirroja, ahora sin su traje de azafata, estaba mucho más bonita, con la falda según la moda más reciente, a la altura de los muslos, corta y graciosa, la blusa plastificada, de intenso azul, ceñida a su cuerpo esbelto y sugestivo, de pequeña cintura y suave busto.

Le contempló con aire calculador, para terminar diciendo escépticamente:

—Es posible que sea mejor de lo que cree la gente. Pero eso no es cosa mía. Usted vive en un mundo diferente al mío.

—Hoy no existen distancias entre unos mundos y otros —le recordó él.

—Hay mundos que siempre estarán distanciados, señor Logan. Es más fácil alcanzar Marte o Venus, e incluso Júpiter o Saturno, que unir dos mundos separados por el dinero.

Logan dijo:

—Eso ocurría hace siglos, Debbie. El dinero no tiene ninguna importancia. Es... es algo perfectamente hueco y sin sentido.

—Dice eso porque usted lo tiene a montones. Aunque tal vez tenga razón. Y usted mismo, si no poseyera esa fortuna inmensa sería útil a la sociedad en algo. Mientras que ahora es solamente un hombre rico, que vive sin provecho para nadie.

Se levantó, muy altiva, dispuesta a dejar el mostrador. Ward seguía sus palabras sonriente. Pero ese último párrafo ensombreció ligeramente sus pupilas.

—Cualquiera puede ser útil a la sociedad, en un momento dado —observó Ward Logan—. Creo que es demasiado dura conmigo.

—El día que me demuestre lo contrario, dejaré de serlo. Aunque todo esto no deja de ser también una charla inútil. Ni yo adelanto nada reprochándole sus faltas, ni usted cambiará por eso. Buenos días, señor Logan.

—¡Espere! ¿Acepta almorzar conmigo, o ir a alguna parte?

—No, señor Logan —cortó fríamente ella—. No acepto nada de eso. Gracias por su generosidad.

Echó a andar hacia la salida, con un gracioso contoneo de su cimbreante figura. Ward la contempló admirado. Era una muchacha indómita, pero inteligente. Resuelta, a que nadie la pisara, y dispuesta a defenderse con uñas y dientes contra cualquier adversidad. Incluso contra él, y otros como él.

—¡Lo del robot que leyó mi destino es cierto! —gritó Ward, sin que ella se detuviera en su marcha—. ¡Tengo que casarme con una Debbie... y me parece que ésa será usted!

Algunos clientes miraron sonriendo a ambos. Ella se detuvo, volvió la

cabeza con expresión de orgullo e irritación y replicó fríamente, de forma que todos la oyesen:

—No me casaría con usted y sus millones... ni siquiera siendo el único hombre en todo el Universo, señor Logan.

Luego salió con paso rápido. Las grandes puertas vidrieras del Cobalto Club se cerraron tras ella.

Ward tomó su alto vaso de combinado de frutas de Venus, y empezó a saborearlo, con gesto risueño, divertido. Pero también con una expresión intensamente pensativa en el fondo de sus pupilas.

* * *

Hendrick Mason regresó al Hotel Nébula a las siete y media de la tarde.

—Señor Mason, el señor Logan ha preguntado varias veces por usted —le comunicó el conserje—. Dijo que, si sus ocupaciones le mantenían forzosamente sometido, podía anular la cena y dejarla para otro día.

El inspector de la SIP tuvo que despejar su cúmulo de pensamientos, para concentrarse en lo que le decían, asentir pensativamente y decir, casi en forma mecánica:

—No, no es necesario. Puede avisar a su habitación, si está, y decirle que dentro de media hora le aguardo en mi propia terraza. Ustedes subirán dos servicios. El señor Logan y yo cenaremos juntos. Suban también champaña, si disponen de él.

—Claro que disponemos de champaña, señor —sonrió el conserje—. Pero en Marte no es precisamente barato...

—No importa eso. Hemos de celebrar algo. Súbalo. Y, por favor, trate de solicitar conexión visofónica con la Tierra para ahora mismo —anotó unas cifras sobre un bloc—. Ese número es el que quiero.

—Lo intentaré, señor. Pero va a ser difícil establecer comunicación en estos momentos.

—¿Por qué?

—Los temporales. Hay mucha perturbación. La imagen de la Tierra no llega. Y las interferencias en el sonido también son muy grandes. Sin embargo, trataré de que le atiendan del mejor modo posible, señor, si hay una sola probabilidad de celebrar esa conferencia.

—Está bien, gracias. Yo voy ahora a asearme un poco. No, estaré para nadie, excepto para el señor Logan, ¿entendido?

—Descuide, señor.

El inspector de la SIP entró en el ascensor y se encaminó al piso nueve donde tenía su alojamiento. Entretanto, el conserje marcó el número de la habitación de Ward Logan.

La voz automática respondió monocorde, al establecer comunicación:

—Ausente. Ausente, Ausente...

El conserje suspiró y colgó el receptor. Se encogió de hombros.

Exclamó:

—Cuando no falta uno, falta el otro. Bueno, ya vendrá.

La media hora fijada por Mason transcurrió. El conserje hizo tres o cuatro llamadas espaciadas al cuarto de Logan. Seguía ausente. Se dispuso a comunicar al huésped lo que ocurría. Marcó el número 912.

* * *

La mesa estaba servida, en la terraza cubierta. La vidriera plastificada les protegería de la fría noche marciana. Además las primeras ráfagas de viento huracanado empezaban a llegar a Colonia Austral, y las calles, intensamente iluminadas pero desiertas, producían un extraño efecto de desolación.

Sin embargo, ni las ráfagas de aire que azotaban fuertemente las vidrieras como presagio del temporal, ni el aspecto desértico de la blanca y hermosa ciudad, podían borrar el optimismo de Hendrick Mason.

Todo dependía ya de una simple llamada a Callowan. Y una orden:

—Envíen agentes a Marte. Identificado “Mutilador” y conocidos motivos. Caso concluido.

Sólo eso. Esta noche Ward Logan, su pintoresco amigo, oiría una versión asombrosa e inesperada del caso del “Mutilador”. La relación completa del asunto, hasta su mismo final.

Insistió en la central telefónica del Nébula, pero le comunicaron que las conexiones con la Tierra, muy alteradas por las enormes tormentas que azotaban ya casi todo el hemisferio marciano en que ellos se hallaban, resultaban punto menos que nulas. Ni imagen ni sonido llegaban a su destino, no formando borrosas líneas y ruidos ininteligibles. En la Central de Marte para comunicaciones visofónicas con los restantes planetas, estaban trabajando intensamente para reparar la avería.

Esto irritó ligeramente a Hendrick Mason, pero ello no tenía gran importancia. En previsión de cualquier riesgo, él siempre estaba alerta. Extrajo de su bolsillo una pistola electrónica y la depositó sobre la mesa, servida para dos.

Sólo faltaba el champaña, bien helado, que ahora subiría un camarero. Y la llegada de Logan.

Tuvo una idea. Si el visófono no funcionaba, al menos lo haría el “teles” interplanetario. Tomó papel y pluma. Comenzó a escribir con mano rápida:

De Hendrick Mason a Donald Callowan. SIP.

Washington, U. S. A.

Descubierto enigma “Mutilador” e identidad asesino, así como

espantosas razones tales crímenes. A continuación detallo hechos...

Llamaron a la puerta. Hendrick dejó de escribir. Alzó la cabeza, empuñando su pistola, en prevención de lo que pudiera suceder. Inquirió:

—¿Quién llama?

—El champaña, señor —dijo una voz.

—Está bien. Espere un momento —guardó el arma en el bolsillo. Dejó papel y pluma sobre la mesa, y se acercó a la puerta. A través de su mirilla, descubrió que era el camarero, con el cubo y la botella de champaña entre hielo, dentro de él.

No quería correr riesgos innecesarios. Aquel asunto era demasiado peligroso para ello. Abrió la puerta. El camarero entró, con el champaña. Lo llevó a la mesa y lo dejó en su centro.

—¿Sabe si ha venido mi amigo, el señor Logan? —preguntó.

El camarero dijo:

—No me han dicho nada, señor. Pero preguntaré ahora, si lo desea.

—Sí, por favor —consultó la hora—. Pasan ya cinco minutos de la hora fijada, y aún no ha dado señales de vida. Tal vez cree que no iba a volver yo para celebrar esta cena. En cuanto llegue, dígame abajo que le inviten a subir enseguida.

—Así lo haré, señor —saludó respetuosamente, y se fue.

Hendrick cerró la puerta. Luego se movió hacia la mesa, para continuar escribiendo. A él no le ocurriría lo mismo que a Bernados. Él sabía ahora tanto como llegó a saber Bernados. Le habían bastado pocas horas en Marte, para dar con el indicio que lo aclaraba todo.

Pero él cuidaría su vida, para evitar que nuevamente la mano del asesino descargara el golpe, asesinando a quién podía desenmascararle.

Regresó a la mesa, para seguir redactando el télex para la Tierra. En el exterior el aire aumentaba por momentos. Unos arbustos de la terraza exterior, cuya plataforma semicircular asomaba audazmente sobre la calle radiante de luz, golpeaban en las vidrieras con fuerza.

Hendrick lo contempló todo con cierto nerviosismo. Miró al exterior. El cielo de la noche aparecía rojizo, densamente nublado. La temible tempestad marciana, desoladora y terrible, estaba muy cerca. Dios quisiera que los sistemas defensivos de Colonia Austral funcionaran bien, o los ciclones y maremotos de Marte, capaces de alterar a veces continentes enteros, arrasarian la flamante ciudad blanca, inmediata al Mar Austral.

Tomó de nuevo la pluma. Asombrado, observó que sus dedos carecían de fuerza y soltaban el objeto, que rodó por la mesa, hasta caer a tierra. Aturdido, trató de comprender por qué le ocurrió aquello tan extraño.

Su mano zurda se agarrotó sobre el mantel espasmódicamente. Quiso mantenerse en el asiento. Fue imposible. Era como si el cuerpo le pesara toneladas. Sintió que la silla oscilaba, que él mismo cedía hacía tierra... y caía detrás de su pluma, como un objeto más.

Rodó por tierra, sintiendo que la extraña parálisis crecía por momentos, que se apoderaba de él intensamente, agarrotando sus miembros, impidiéndole incluso gritar.

Sus ojos se movieron en las órbitas, angustiosamente. Los clavó de repente en la botella de champaña que asomaba entre el hielo del cubo de metal ionizado.

Un extraño y asombroso fenómeno estaba teniendo lugar ante su naturaleza súbitamente inerte. ¡La botella humeaba por su parte superior, allí donde se suponía que estaba el tapón, bajo el papel estañado! Un humo cárdeno, denso, de extraño olor a perfume, que se extendía por toda la estancia, que le envolvía... A medida que se acercaba a él, advertía con mayor intensidad la parálisis en todo su cuerpo.

Trató de hablar, de pronunciar alguna palabra, pero fue totalmente imposible. Boqueó, en el mayor de los silencios. La parálisis también alcanzaba sus cuerdas vocales.

De repente, un golpe mayor que el producido hasta entonces por los arbustos, se abatió sobre la vidriera de la terraza. Una violenta ráfaga de viento penetró en la estancia, agitando cortinajes y mantel, haciendo volar el papel escrito por Hendrick, que fue a parar al extremo opuesto de la sala.

La mirada fija y angustiada de Hendrick se clavó en la figura que entraba en su alcoba, como si llegase en alas de un viento demoníaco. Por segunda vez vio al siniestro encapuchado de negro, con su amplia capa o manto, arrastrando hasta sus pies, y que ahora flotaba dantescaamente en torno suyo, movido por el ciclón que ya se abatía sobre las amplias avenidas de Colonia Austral.

Sólo que ahora le veía ante sí, sin una separación de millones de millas, que le mantuvieran a salvo del monstruoso “Mutilador”. Sabía quién era, qué rostro se ocultaba, tras aquella capucha. Pero le era imposible por completo moverse, reaccionar... ¡Estaba paralizado pero consciente, ante el peligro de muerte más terrible que podía imaginarse!

Ahora, demasiado tarde, sabía también que un falso camarero le engañó, introduciendo en su estancia una botella que no era champaña, sino un pequeño depósito a presión de un poderoso gas paralizante.

Vio avanzar lentamente a la figura siniestra, negra y cruel... una de las manos enguantadas asomó entre los pliegues del manto negro. De no haber estado inmóvil por efectos del gas, Hendrick Mason se hubiera sentido paralizado de horror ante lo que aquellos dedos esgrimían.

¡Era un largo y ancho objeto de acero afiladísimo! ¡Un bisturí de terribles

proporciones... capaz de degollar a un hombre en escasos segundos!

Una risa demoníaca y escalofriante se oyó bajo la negra máscara. La mano armada avanzó... avanzó más...

* * *

—¡Infiernos, qué huracán! —Ward Logan saltó con agilidad dentro del Hotel Nébula y cerró tras de sí la puerta, jadeando—. ¡Como siga aumentando, nos arrastrará a todos!

—Sí, algo falla en el sistema de defensa meteorológica de Colonia Austral —declaró, preocupado, el conserje del hotel—. Dios quiera que pronto se arregle... o no sólo nos arrastrará a todos, sino a la ciudad entera.

—Este planeta es una delicia —dijo Ward—. Lo más apropiado para un viaje de placer o una luna de miel... ¿Hay algo para mí?

—Sí, señor Logan. El señor Mason le espera arriba. Al parecer, creía que usted iba a llegar antes, e hizo disponer la mesa para su cena.

Ward rió:

—Claro que hubiera llegado antes. Pero Marte tiene un viento que no gusta nada, sobre todo cuando uno está en un sitio cerrado y confortable, con chicas y buenas bebidas.

—Indicó que subiera usted al llegar —el hombre boceto una sonrisa maliciosa—. Supongo que habrá estado en el Venus Club.

—Justamente allí —rió Ward, frotándose la mandíbula, pensativo—. Pobre Mason, esperándome tiempo y tiempo... Hace más de un cuarto de hora que dieron las ocho... según la hora marciana, claro.

Y canturreando una tonada, se encaminó al ascensor. El conserje volvió a intentar su llamada por visófono a la Tierra. Ward Logan le oyó repetir varias veces:

—Marte llamando a la Tierra... Marte llamando a la Tierra... Con la SIP en Washington... con la SIP en Washington...

Volvió un momento la cabeza, sorprendido. Si Hendrick llamaba a la SIP era porque había descubierto algo serio. Sabía cómo trabajaban los hombres de la famosa organización internacional de la Policía del Espacio.

El aparato respondió con un simple zumbido intermitente. Avería o interrupción de comunicaciones por el tiempo borrasco en Marte, que creaba enormes convulsiones en las capas atmosféricas.

Movió la cabeza. Hendrick tendría que esperar a transmitir sus noticias. Él tendría la exclusiva si el recio policía quería soltar prenda.

Lamentaba haberse retardado. Sabía que a Mason no le gustaba esperar. El ascensor le dejó en el piso donde se alojaba el policía. Avanzó por el pasillo hasta su puerta. La 912 le ofreció una sorpresa.

Estaba abierta. Ligeramente entornada, sin cerrar...

—Hendrick es demasiado confiado —se dijo—. En el mundo no sólo hay mutiladores, sino también simples rateros. No le quitan a uno la cabeza, pero sí el equipaje.

Empujó decididamente la hoja metálica y saludó alegremente:

—¡Disculpándose humildemente por el retraso, un amigo curioso te saluda y...!

Se paró en seco. Quedó como hincado en tierra, la vista fija con vivo horror en el alucinante panorama de la habitación.

—¡Dios mío, no... no es posible...! —jadeó estremeciéndose.

Contempló el suelo rojo, sangriento, las horribles salpicaduras escarlata que manchaban muros, muebles y cortinas. Y en el centro de todo ello, como una presencia espantosa, aquel cuerpo mutilado, terrible... aquel cuerpo que fuera sólido, lleno de vitalidad, nobleza y energías... reducido a un residuo monstruoso, cruel.

Era Hendrick Mason. O lo había sido hasta hacía muy poco.

El aire huracanado penetraba por la galería de la terraza, abierta. Agitaba las ropas del cuerpo mutilado horriblemente, las cortinas y manteletes...

A Mason, el inspector de la SIP, le habían segado la cabeza y las manos. Y, lo que resultaba más espantoso, ni siquiera había el menor rastro de ellas.

CAPÍTULO V

PESADILLA



AS manos de Ward Logan estrujaron el papel escrito.

Leyó las palabras reveladoras:

“Descubierto enigma del “Mutilador” e identidad asesino, así como espantosas razones tales crímenes. A continuación detallo hechos”.

Aquellos hechos que la mano de Hendrick Mason quiso consignar en el télex ya no serían dados al mundo. El secreto de su asesinato, de la serie horripilante de sangrientos crímenes, continuaba impenetrable. Más impenetrable que nunca, y como una torva, escalofriante amenaza a todo el que pretendiera ahondar, ir más allá, ver en las tinieblas del misterio.

McDavis, Buzek, Bernados, Mason...

Los nombres giraban en la mente de Ward Logan como un fantástico carrusel, un torbellino obsesionante. Se apartó unos pasos. El aire olía dulzón, como si un raro narcótico flotara en él. Cuando alguna ráfaga de aire sacudía ruidosamente la puerta vidriera abierta en la terraza de la malograda cena, el aroma era más intenso en la nariz de Ward Logan.

Los ojos de éste se alzaron, perspicaces. Oteó en derredor suyo. Descubrió un tenue vapor cárdeno sobre la mesa. Como si hubiera habido allí candelabros, apagados por el viento.

¿Candelabros? No, allí no podía haber un objeto tan anacrónico y absurdo. Estaban en el siglo XXI.

Entonces vio brotar la nubecilla de humo del cubo de metal ionizado. Se acercó, cuidando de no pisar la sangre. Olfateó. El olor era más vivo allí, y al aspirarlo, experimentó una rara sensación en sus miembros. Así como un hormigueo, una atrofia extraña...

Saltó atrás con viveza, conteniendo el aliento. Al mismo tiempo, empujó la mesa, derribando el cubo con hielo y la botella de champaña. Ésta no se

quebró al rebotar en el suelo. Era de un metal que parecía cristal. Por un orificio, en lo alto del gollete, y en el fingido tapón, brotó una voluta de humo cárdeno, al golpear el suelo.

Ahora sabía algo más Ward Logan. No era ningún tonto, y su mente solía tener una agilidad centelleante. Corrió a la terraza, saltó por encima de los objetos caídos y salvó dos charcos escarlata.

A pesar del huracán que le golpeó, azotándole con violencia y despeinando su morena cabeza, saltó a la rotonda o saliente semicircular, asomado a la calle. Nueve pisos más abajo centelleaban las luces de Colonia Austral, en plena noche. El silbido del viento era terrible, se percibía el fragor de las aguas del cercano mar, enfurecidas bajo el azote, y en la llanura de roja arena, ésta debía alzarse en gigantescas columnas cegadoras, que no irrumpían en la ciudad gracias a que los sistemas antitemporal funcionaban a medias. Las luces oscilaban de vez en cuando, señal inequívoca de que en la nueva población no todo marchaba bien, ni se había preparado su instalación para afrontar tan pronto un azote meteorológico.

Pero Ward no se preocupaba ahora del tiempo. Otra cosa más grave para él se debatía en esos momentos. Vio en el suelo terso, blanco, unas leves estrías rojizas, a la luz de la terraza.

El asesino había huido por allí tras perpetrar el crimen, y sus zapatos dejaron un leve rastro de sangre, al pisar la estancia del horror. Tenía que seguirlo, saber por dónde había huido el criminal feroz y brutal.

Corrió a la estancia de nuevo, y rebuscó en un mueble. Como era de esperar, Mason tenía una linterna eléctrica de potente haz, en un cajón. La tomó consigo y regresó a la rotonda exterior.

Proyectó el chorro de luz sobre el suelo blanco, bruñido. Siguió las leves, oscuras manchas, hasta el borde mismo de la rotonda, donde una corta baranda impedía el mortífero salto al vacío, desde tan gran altura.

Se asomó y lanzó el haz luminoso hacia la zona de edificio adonde no llegaba la intensa luz callejera. Un saliente formidable de la fachada dejaba en sombras un rincón del edificio, desde el último piso hasta la planta baja. La luz lo recorrió vertiginosamente... y se detuvo con brusquedad en un punto.

—¡Allí está el malvado asesino! —rugió Ward, descubriéndolo.

Era escalofriante. Igual que un gigantesco murciélago, descendía por el muro, adherido a él, pegando sus manos y pies, provistos sin duda de potentes ventosas que le servían para adherirse a muros tan lisos y carentes de molduras.

Su cabeza, negra como la enorme capa o manto que flotaba al aire igual que las alas de una horrible ave, se volvió al advertir la luz fija en su siniestra figura.

Una de sus manos se desprendió del muro. Algo centelleante, metálico, apuntó hacia Logan. Éste desvió el cuerpo, para no ser alcanzado.

Brotó una larga estría llameante, azul, pero no tocó afortunadamente a Ward. Sin embargo, se estrelló, con una miríada de chispas, en la lámpara eléctrica, ésta pegó un estallido, apagándose, y la oscuridad envolvió de nuevo al fugitivo de figura negra y huidiza.

Logan maldijo la puntería del fugitivo, y se incorporó, contemplando asombrado los restos carbonizados de la lámpara eléctrica. Quizás, de no llevar él suelas aislantes en sus zapatos, hubiera sucumbido también, electrocutado por la carga de alta tensión disparada con un arma eléctrica por el que huía.

Regresó a la carrera al interior de la estancia, la cruzó velozmente y salió al corredor. Vio un extintor de incendios, tras un panel de vidrio, y cargó contra el cristal sin rodeos. Su puñetazo fue tan violento que quebró el panel, y automáticamente se extendió la alarma, en forma de un ululante zumbido que hizo temblar todo el edificio de arriba abajo.

Sin detenerse un momento, Ward Logan corrió hacia el ascensor, penetró en él y partió raudo hacia abajo. Cuando la puerta se abrió, lanzándole al vestíbulo del Hotel Nébula, un grupo excitado de empleados, huéspedes y personas de todas clases le rodearon. Sus preguntas eran similares y las pronunciaban en tono alterado:

—¿Qué es lo que ocurre?

—¿Hay fuego?

—¿Quién ha hecho sonar la alarma?

—Cielos, ¿qué ha sido eso?

Ward Logan respondió a todos ellos con una sola y escueta frase, que les dejó petrificados:

—¡El “Mutilador” ha asesinado a Hendrick Mason, inspector de la SIP! ¡Y ahora mismo estaba descendiendo por la fachada del hotel, valiéndose de guantes y botas-ventosas!

Corrió como una exhalación hacia la puerta. Algunos le siguieron, no muchos. Otros se quedaron discutiendo, llenos de horror. Ward Logan saltó a la calle, cuajada de luces. También en la acera se agrupaban gentes llegadas de varios puntos, a pesar del intenso, ululante huracán, atraídas por la llamada de alarma. Ward lo lamentó. Eso no haría sino complicar más las cosas.

No le importaba ir sin armas, al encuentro del temible “Mutilador”. Si algo desconoció toda su vida Ward Logan fue el miedo. Jamás había temido a nadie.

—¡Es el “Mutilador”! —gritó a las gentes, provocando en ellas un instintivo movimiento de pánico—. ¡Ha asesinado a un policía... y está bajando por la pared de este hotel!

—¡El “Mutilador”! —chilló una mujer—. ¡Dios nos proteja!

Ward alcanzó el recodo del edificio, en su zona de sombras. Le seguían

algunos ciudadanos, dispuestos a enfrentarse al monstruo. Pero cuando varias luces cayeron sobre la zona oscura, la decepción se apoderó de Logan.

¡No había nadie, ni en tierra ni a todo lo largo del altísimo muro!

El “Mutilador” se había evaporado de nuevo. Miró en derredor, desalentado. Alguien se abrió paso entre la gente y se encaró con él. Venía alterado, tenso.

—¿Ha dicho el “Mutilador”? —preguntó con voz ronca—. ¿El asesino de Ciudad-Marte?

—Eso es —Ward miró fijamente al joven que le contemplaba a él, demudado—. ¿Quién es usted?

—Alguien que, casualmente, tiene relación con otro crimen de ese monstruo. Mi nombre es Alex Robson. Soy físico y estoy casado con Esther, la primera esposa de Luis Bernados. Pero usted no sabrá a lo que me refiero, naturalmente. ¿Es usted de la SIP?

—¿Yo? —Logan encontró graciosa la pregunta. Denegó, encogiéndose de hombros—. No lo soy. Pero aunque lo fuera, no creo que lo dijese. Arriba ha muerto un miembro del SIP.

—¡Cielos! ¿Quién?

—El inspector Hendrick Mason. ¿Le conocía usted?...

—Sí —asintió Alex, con gesto de profunda impresión—. Estuvo haciendo pesquisas en nuestra casa, antes de venirnos a Colonia-Austral... Habló con Esther, mi esposa. Y conmigo... Parecía seguro, lleno de vida...

—Lo estaba. Pero le degollaron y cortaron sus manos —Ward miró en derredor, con ira—. Yo llegué a ver al culpable, pero escapó. Era un encapuchado.

—El mismo que vio Mason —suspiró Robson—. ¿Qué va a hacer ahora?

—De momento, avisar a la policía. Luego... trataré de vengar a ese hombre muerto. ¡Y por Dios que el día que lo tenga ante mí, no tendré la menor piedad con él!

Dijo esto lo bastante alto para que todos lo oyeran, y regresó apresuradamente al hotel. Sabía cuándo era inútil buscar una pista. Y al “Mutilador” le habían bastado unos segundos para desaparecer sin dejar rastro.

—Dios mío —gemía el encargado general del hotel, con las manos en la cabeza—. ¡Es horrible para el hotel! ¡Horrible!

Ward le miró duramente. En el exterior el rugido del viento aumentaba por momentos.

—Más horrible ha sido para mi amigo —dijo glacial—. Mucho más horrible...

—¡Mason... mutilado! —jadeó con intenso horror el capitán Meredith—. ¡Dios mío, qué llegada a Colonia Austral!

Ward Logan asintió despacio, con la vista perdida en el horrible cuadro que estaban captando las cámaras de los reporteros del “Mars Herald” desplazados recientemente a Colonia Austral, Sidney Walton y Herb O'Malley, director de la publicación. Ambos estaban ya familiarizados con esa clase de espantosa muerte. Eran compañeros de Bernados. Habían visto a su colega, mutilado sobre un charco rojo como aquel.

—Yo me pregunto cuándo terminará este horror —musitó Walton, pensativo—. Ya van cuatro víctimas y nadie descubre absolutamente nada. Ahora la propia SIP sufre las consecuencias.

—Y además, sin que la SIP pueda enterarse de lo que sucede —añadió Herb O'Malley, sombrío.

—Ni la SIP... ni nadie —corroboró Walton, encogiéndose de hombros—. Estamos aislados... no sólo del resto de Marte, sino del cosmos entero.

—¿Qué es lo que dicen? —preguntó Ward Logan, intrigado y receloso—. ¿Aislados?

—Eso es, Logan —gruñó el director del “Mars Herald”—. Totalmente aislados. No funciona ningún sistema de comunicación. Y el temporal es tan fuerte en el exterior de la ciudad, que solamente la barrera electromagnética antitemporal puede permitirnos subsistir. Creo que no funciona muy bien. Pero funciona y eso es lo que cuenta.

—Entiendo. ¿Ni visófono, ni télex, ni radiogramas, ni simple teléfono?

—Nada —Meredith sacudió la mano, expresivo, de un lado a otro—. El temporal es terrible. Hay grandes convulsiones geológicas, la atmósfera es un azote y los vuelos han sido prohibidos. Ni siquiera puede apelarse a un proyectil espacial. Cualquier nave que saliera de Colonia Austral en estos momentos sería destrozada por el temporal. Y aquí no es como en la Tierra. Los cambios atmosféricos son auténticos cataclismos en todo el planeta.

—Sí, lo sé —suspiró Ward—. Estamos virtualmente prisioneros... en una ciudad nueva, donde no todo funciona bien, en caso de emergencia. Y condenados a sufrir la convivencia con un tifón atroz, que puede durar semanas enteras... y con un asesino despiadado y cruel.

—En todo Marte... ese criminal tuvo que elegir precisamente Colonia Austral, ¡Cielos, esto será como una pesadilla! —protestó Walton, furioso, después de tirar varias estereofotos del infortunado Mason.

—Es una pesadilla —afirmó Ward con voz sorda.

—Usted vio al “Mutilador”, ¿verdad? —inquirió el capitán Meredith.

—Sí, le vi. Reptaba por el muro como una araña. Pero poco puedo decirle de él. Su capucha negra, su capa y todo eso hacía imposible reconocerlo.

—¿Ni siquiera pudo advertir si era alto o bajo, grueso o delgado?

—Es difícil afirmar nada en ese sentido, capitán. La visión fue rápida, imprecisa. Ojalá hubiera podido tenerlo a mi alcance. Pero cuando llegué abajo, ya se había marchado. Le sobró tiempo. Debe de ser alguien muy ágil y diestro.

—También es posible que hubiera algún vehículo esperándole, ¿no cree? —opinó Walton.

—Podiera ser. Yo no lo vi, pero eso no quiere decir que no lo tuviera. Para desaparecer en un lugar tan iluminado y amplio como la avenida, tuvo por fuerza que disponer de un vehículo. Quizás, incluso, de un cómplice.

—¿Cómplice? —Meredith dio un respingo. Estudió fijamente a Ward Logan—. ¿Por qué se le ocurre esa idea?

—Se me ocurrió al ver la forma en que redujeron a Mason para matarle. Usted mismo ha advertido por el análisis de ese gas que había antes aquí, su fuerte condición paralizante. Salió de la supuesta botella de champaña enviada para la cena que jamás se celebró.

—¿Y bien? —puntualizó Meredith.

Logan dijo:

—Está claro. No fue el propio “Mutilador” quien lo sirvió, sino un falso camarero o algo así. Ese falso servidor del hotel sería sin duda un cómplice del “Mutilador”.

—¿Dos personas en colaboración? —Meredith se rascó la cabeza, pensativo. Cambió una rápida mirada con Walton y O’Malley—. Es una buena idea, ¿no creen?

—Sí, tiene ciertos visos de realidad —asintió el director del “Mars Herald”—. El mismo cómplice que sirvió el champaña recogió en un coche al asesino y partió velozmente con él, sin dejar rastro de su paso por allí.

—Yo me pregunto quién podrá ser el que se oculta bajo ese disfraz. Y por qué, en sus crímenes, ha de añadir la bárbara acción de la mutilación —intervino Walton, paseando nerviosamente—. Además, ¿qué hará con... con la cabeza y las manos?

Evidentemente, su pregunta le causaba repugnancia a él mismo. Ward respondió:

—También a mí se me ha ocurrido eso, Walton. Pero no encuentro respuesta. Lógicamente ha de llevarlas consigo. Yo no lo advertí, pero la capa o manto era lo bastante amplio para ocultar cualquier envoltorio... incluso una cabeza humana.

Reinó un silencio. Meredith se estremeció. Llamaron a la puerta, y la tensión se distendió un poco. El capitán autorizó a entrar, y apareció un empleado del hotel, que entregó al policía un papel escrito. Con el rabillo del ojo Ward descubrió una larga pila de nombres.

—¿Puede decirme lo que es eso, capitán? —preguntó acercándose a él.

—Sí. Una lista de huéspedes de este hotel. No hay muchos... —echó una ojeada a la lista—. Y tampoco veo nada extraño en ninguno. Su nombre, el de Mason... y otros once.

—Trece huéspedes —dijo con lúgubre mueca Logan—. Mal augurio, capitán.

—¿Usted es supersticioso, Logan? —se sorprendió el policía.

Dijo:

—No. Pero tengo muy buena memoria. Y ahí hay un nombre que me dice algo. Puede ser casualidad. Sin embargo, merece la pena comprobar si ciertamente lo es.

—¿A qué se refiere? —los ojos de Meredith recorrieron la lista en vano.

—Ese nombre, W. Craig. Puede corresponder a una mujer. Y esa mujer podría ser Wilma Craig, la joven enfermera del cirujano asesinado, el doctor Buzek.

—¡Cielos, es verdad! —aulló Meredith, mirándole con asombro—. ¡Venga conmigo, Logan!

Salieron a la carrera de la estancia. Walton y O'Malley se quedaron solos con el cuerpo mutilado, y el agente que acompañaba siempre a Meredith, a quién correspondía vigilar el lugar del crimen.

* * *

—Sí, soy Wilma Craig. He trabajado de enfermera con el doctor Buzek. Pero eso no creo que sea un delito, ¿no les parece?

—Nadie ha dicho eso, señorita Craig —fue el capitán quien habló cortésmente—. Tan sólo queremos averiguar si usted se alojó en este hotel para tener algún contacto que ignoramos con Hendrick Mason, o por simple casualidad.

—Fue puramente casual —habló con suave y melodiosa voz—. Ni siquiera supe que Mason se alojaba aquí, hasta que he oído lo ocurrido esta noche... ¡Ha sido espantoso! Si no fuese porque están interceptadas todas las vías y medios de transporte, me marcharía de nuevo a Ciudad-Marte o a cualquier otro sitio.

—La comprendo. Ahora dígame, señorita Craig —era Ward Logan quien hablaba, inclinado hacia ella con expresión triste—. Esto puede ser muy importante. ¿No ha vuelto a ver a Hendrick Mason desde que habló con él en Ciudad-Marte, a raíz de la muerte de Bernados?

—Claro que no. ¿Por qué había de verle otra vez? Entonces me preguntó algunas cosas sobre mi antiguo jefe, el doctor Janos Buzek. Yo le contesté. Eso fue todo.

—Verá, señorita Craig. Mason investigó aquí de nuevo algo relacionado con los crímenes. Y alguien pudo referirle un detalle revelador, un simple

indicio que le hizo ver la verdad. Y le sentenció a muerte, cuando el asesino lo advirtió.

Wilma Craig, la linda y joven enfermera de dorado cabello y azules y dulces ojos, sonrió algo burlona, sin apartar su mirada de Logan.

—¿Y usted cree que yo puedo ser la culpable? ¿Me imagina mutilando a la gente?

—La verdad, no... —Ward apretó los labios, ligeramente derrotado—. Pero hay algo evidente, algo que ya no admite dudas.

—¿Qué es ello? —saltó Meredith, que, insensiblemente, caminaba a remolque del sagaz millonario.

—Varias personas han venido a Colonia Austral, y por fantástica coincidencia, casi todos los personajes de nuestra historia de sangre y de muerte están aquí ahora. Aislados por un temporal exterior realmente apocalíptico para nuestro concepto terrestre. Hendrick investigó estrechamente sobre esos personajes, que eran los que le interesaban, y por los que vino a Colonia-Austral. Averiguó algo y le costó la vida. Eso confirma mi teoría rotundamente. Y esa teoría es clara: uno de los personajes en cuestión, el “Mutilador”. Alguien relacionado con Bernados, con McDavis, con Buzek o con el propio Mason... es el asesino que decapita a sus víctimas.

Meredith le contempló sombrío. Lentamente movió la cabeza de arriba abajo. E incluso la propia Wilma Craig declaró, para sorpresa suya:

—Creo que tiene razón, señor Logan. Uno de nosotros es el “Mutilador”.

CAPÍTULO VI

¿QUIÉN ES EL “MUTILADOR”?



LGUNO de ellos es el “Mutilador”, ¿eh, capitán? Fácil y transparente... al menos en apariencia. Pero eche una ojeada a esto.

Meredith apuró un nuevo trago de café, miró ceñudo a Ward y luego tomó el papel que le tendía.

Hechos que jamás habían podido ser descritos por Hendrick. La muerte le había interrumpido. Una muerte espantosa, a manos de un monstruo de maldad. Cuando el inspector de la SIP dio con la verdad oculta tras aquella serie sangrienta, él mismo cayó víctima del asesino.

El capitán leyó la lista de nombres y los apartados en que había sido dividida esa lista. Todo ordenado y metódico. Parecía mentira que saliese de una mano como la de Ward Logan, el eterno desordenado.

1. —Cunean McDavis (Alfred McDavis)
2. —Wilma Craig (Doctor Janos Buzek), Laura Hatfield (desaparecida).
3. —Esther Robson. Alex Robson (Lewis Bernados), Dora Bernados, Sidney Walton, Herb O'Malley
4. —Ward Logan (Hendrick Mason), Capitán Meredith.

—Vaya. Lista de sospechosos, y grupos en relación con cada víctima —comentó sarcástico—. Y no faltamos usted ni yo. Ha sido un completo estudio, ¿no cree?

—Casi completo. He utilizado las propias notas de Mason y suyas. Pero eso no nos resuelve nada, capitán. Solamente nos abre el camino para iniciar una búsqueda minuciosa. Todas esas personas han de ser interrogadas. Debemos saber a quiénes volvió a visitar Mason en el día de hoy; a quiénes vio por primera vez; qué habló con ellas; de dónde pudo sacar el dato crucial que le dio la clave.

—¿Por qué no suponer que esa clave la halló ya en Ciudad-Marte y no

aquí?

—Porque fue aquí, estoy bien seguro de ello. No es posible que supiera la verdad, ni siquiera que estuviese cerca de ella cuando hicimos juntos el viaje. Estaba preocupado, no sabía qué hacer para encontrar una solución a su problema. Debí de ser algo repentino, súbito... y vio la luz. Mason era hombre concienzudo, carecía de genialidad, pero poseía el don de la voluntad, de la firmeza y era inteligente. Mucho más inteligente de lo que parecía.

—Usted le apreciaba mucho, ¿verdad, Logan? —dijo de pronto Meredith, devolviéndole el documento.

—Sí, mucho —asintió Ward, con expresión ensombrecida—. Era un buen amigo y un hombre magnífico. Si yo hubiera llegado a mi hora, esto acaso no hubiera ocurrido, y ahora sabríamos quién era el “Mutilador”... y, lo que es más importante, él seguiría vivo.

—Esas cosas no pueden remediarse, Ward. Usted llegó tarde por pura fatalidad. Nadie tiene la culpa. Acaso el destino, no sé...

—El destino nos lo trazamos nosotros mismos, Meredith. He cometido muchos errores siempre. Mi vida fácil y superficial es la culpable de ello. Mason tenía razón. Es malo nacer con demasiado dinero. Pero yo ahora prometo formalmente hacer cuanto esté en mi mano por vengar la muerte de mi amigo.

—Ward, ésta es una cuestión de la Ley, no personal de usted —le recordó Meredith.

—Posiblemente. Pero pudiera ocurrir que la Ley no reuniese nunca pruebas suficientes contra el auténtico “Mutilador”. Entonces, yo intervendré. Y si sé positivamente quién es, aunque no tenga prueba alguna para convencer a un jurado... ¡cumpliré yo mismo la sentencia!

—Sería una locura. Eso le convertiría en homicida.

—No me importaría. Escuche, Meredith. Aquí tengo anotados diez nombres. Los diez sospechosos, a mi juicio. Como también lo eran al de Mason. Descarto a dos: usted y yo, porque sé que no soy culpable. Usted, porque no le creo un asesino.

—Gracias, Logan. Suponga que debo expresarle mi gratitud por esa confianza —apuntó Meredith sarcástico.

—No tiene que molestarse —dijo Ward, fingiendo ignorar el sarcasmo—. Esa eliminación previa reduce la lista a ocho personas.

—En la que hay cuatro mujeres. ¿Descartadas?

—Yo no puedo descartar a las mujeres.

—¡Cielos! —se asombró Meredith—. ¿Se imagina a una chica, haciendo... eso?

—Con un enemigo paralizado, sí. Pero de todos esos sospechosos, lo cierto es que ninguno parece tener la menor razón para hacer lo que está haciendo.

Duncan McDavis es hermano del primer asesinado. Resulta fuerte creer que sea un nuevo Caín. Siguen las enfermeras del doctor Buzek. Una, sin hallar aún, pero no me sorprendería lo más mínimo que estuviera en Colonia Austral también. Parece monstruoso imaginar a la bonita y dulce Wilma Craig degollando a cuatro hombres. Pero no se puede negar categóricamente. Detrás vienen los Robson: Esther y Alex, La exmujer de Bernados y su actual marido. ¿Por qué podían desear la muerte de los demás? Pasemos por la de Bernados, pero ¿y las otras tres? Igual razón existe para la actual señora Bernados, Dora. Puede que odiase a Lewis, pero ¿y los demás?

—Llegamos a los colegas de Lewis Bernados. ¿Igual razonamiento?

—Eso es. Pudo existir en cada uno de ellos el odio personal a Bernados. Pero eso no explicaría el resto de los crímenes. Y mucho menos, la razón que pudieran tener Walton u O'Malley para hacer tal cosa.

—En resumen: nadie parece culpable.

—Nadie lo parece... pero estoy seguro de que el “Mutilador” es uno de los nombres escritos aquí. ¡Sé que ese monstruo de maldad... está entre estos nombres! —agitó el papel—. Aquí tengo escrito el nombre del “Mutilador”... y no puedo hacer nada contra él. Absolutamente nada, capitán... porque ignoro quién de ellos es.

—¿Y va a seguir adelante sus aficiones detectivescas, Logan?

—Sí. Hasta el fin, capitán.

—Cuidado. Eso puede ser muy peligroso. Ese fin... podría ser el suyo propio.

—Ya lo sé. Pero estoy sobre aviso.

—Mason también lo estaba. Y ya ha visto.

—Ojalá el asesino intente repetir el golpe —suspiró Ward—. Estoy esperándole, capitán Meredith... ¡Y ahora, veremos quién gana!

El policía contempló fijamente a Ward, con expresión preocupada. Luego declaró, meneando la cabeza de un lado a otro:

—No me gusta... No me gusta que haga eso, Logan. Un cebo humano... siempre termina en las fauces del tiburón...

—Si queremos obtener algo... es preciso arriesgarnos, capitán. De otro modo, jamás caerá ese monstruo que anda suelto por Colonia-Austral.

* * *

—Mi hermano fue muerto por un loco, señor Logan. ¡No pudo ser de otra forma! —exaltadamente, Duncan McDavis alzó sus brazos en alto, su melena grande y crespa se agitó, y él mismo parecía justamente lo que decía: un loco. Sus grandes ojos celestes brillaban exaltados—. ¡Él nunca hizo daño a nadie, jamás tuvo enemigos! ¡Era un arquitecto apacible, que vivía como cualquier otro ser humano! ¿Por qué tuvieron que matarle?

—Sí, Duncan, no se excite —le apaciguó Ward Logan—. Todos están pensando igual. ¿Por qué mataron a McDavis? ¿Por qué a Janos Buzek? Al parecer, Bernados y Mason fueron muertos por saber la verdad. Pero en los dos primeros casos, no cabe esa explicación. Sin embargo, ¿dónde está la verdadera? Es lo que andamos buscando.

—¿Usted es de la SIP? —quiso saber bruscamente Duncan McDavis, el hermano del primer hombre asesinado por el “Mutilador”.

—Lo he sido antes —Ward se encogió de hombros, vagamente—. Ahora, al morir Mason y serles imposible a los agentes de la SIP llegar hasta Marte, yo me encargo de esa tarea.

—Entiendo. ¿Cree que alcanzará la verdad?

—Estoy seguro de ello, McDavis. Entonces podrá ver vengado a su hermano Alfred.

—No deseo otra cosa —los enormes ojos llamearon peligrosamente—. ¡Oh, Dios, si tuviera a ese monstruo entre mis manos un solo momento!...

Ward no envidiaba la suerte que hubiera corrido en ese caso. Las manos de McDavis eran como zarpas enormes, velludas y fuertes, capaces de triturar a cualquier persona.

—Yo se lo dejaría gustosamente, McDavis... si no fuera porque también deseo yo algo parecido. ¿Mason le visitó aquí, en Colonia-Austral?

—No, no lo hizo. Ni siquiera sabía que estuviese. Habló conmigo en Ciudad-Marte, y yo le referí cuanto sabía. Era bien poco, por desgracia. Cuando mi hermano murió, estaba metido en los proyectos de una obra arquitectónica notable. Pero no pudo concluirlos. Lo último que realizó fue el encargo de la Medical Society, en Marte.

—Ya. ¿No tenía él relación alguna con Lewis Bernados, con el doctor Buzek o con alguno de sus familiares o amigos?

—Eso también me lo preguntó Mason. Le dije igual que a usted: no. Que yo sepa, ni la más mínima relación.

—Comprendido. Creo que eso es todo, entonces. Gracias, McDavis.

—Siempre estaré dispuesto a ayudarle. Pero no será mucho lo que pueda hacer...

—Poco a poco, con la pequeña ayuda de cada uno, tal vez acorralemos a nuestro misterioso enemigo, como hizo Hendrick Mason. Entonces averiguaré, lo mismo que él averiguó, y habremos ganado la partida. ¡Porque a mí no podrá matarme, como hizo con los demás!

Y tras su bravata, que dejó pensativo a Duncan McDavis, abandonó la vivienda.

* * *

—Es un placer conocerle, Logan —saludó Esther Robson, con dulzura—.

Mi marido me ha contado ya lo que sucede. Es como vivir un constante horror. Usted sabe que yo encontré a Lewis muerto en su gabinete... destrozado brutalmente.

—Lo sé, señora Robson. Lamento causarle un nuevo dolor. Pero quiero averiguar quién ha sido capaz de todos estos horrores. Sigo exactamente la senda que debió seguir Hendrick Mason. Ojalá tenga su misma suerte.

—¿Cómo puede decir eso? —se horrorizó Alex Robson—. ¡Mason está muerto!

—No me refería a ese punto, claro está —sonrió Ward Logan—. Solamente a la suerte de sus pesquisas. Llegó hasta la verdad. Daría algo por llegar a ella yo también. ¿Les visitó aquí el inspector Mason?

—Habló con nosotros en Ciudad-Marte, Logan —explicó Esther Robson suavemente—. Nos hizo muchas preguntas sobre Bernados, pero pudimos decirle poco. Yo me había separado de Lewis porque era un hombre un poco raro y difícil de llevar. Me declaré vencida, y él tampoco puso muchos reparos, comprendiendo que nuestra vida en común era un infierno.

—Comprendo. Entonces se casó con Alex Robson. Pero el hijo quedó bajo la tutela de uno y de otro, ¿no es cierto?

—Sí. Así se dispuso por el Tribunal, y lo cumplíamos a rajatabla. Él quería apelar, porque aseguraba que al casarme yo con otro, perdía todo derecho a mi hijo. Creo que no hubiera logrado nada. Además, su actual mujer tampoco hubiese querido.

—¿Qué tal es Dora Bernados?

—Dora es una mujer agria y dura, pero no creo que sea capaz de hacer daño a nadie. ¿Es que sospecha acaso...?

—No, no —denegó Ward—. No se trata de eso. Simplemente, quiero investigar hasta el fin, apurar las posibilidades.

—Hace bien, Logan —aprobó Alex Robson—. Nosotros, los científicos, decimos que nunca debe darse por descartado un aspecto de cualquier cuestión, hasta que todo está comprobado minuciosamente, sin posibilidad de error. Por eso nuestras obras son lentas.

—Sí, es una buena norma —sonrió Ward—. Sólo que yo soy poco minucioso en mis cosas. Ahora es cuando más me estoy cuidando en ese sentido. A propósito, Robson, usted que es científico, ¿conoció alguna vez al doctor Buzek?

—Personalmente, no. Pero sé que era un gran cirujano. ¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada. Me hubiera gustado saber algo más de él. Y también de una de sus enfermeras, Laura Hatfield.

—¿La desaparecida? —intervino Esther.

—Eso es. No me explico dónde puede estar metida. Me interesa ella y me

interesa el difunto Buzek. Era cirujano. Acaso ella también, por aprendizaje de su jefe. Y no cabe duda de que nuestro “Mutilador” es un experto cirujano...

Esther se estremeció, muy pálida.

—Sí... es cierto —asintió—. Eso lo recuerdo bien.

—No les molesto más —Ward avanzó hacia la salida—. Me queda poca gente por interrogar. Pero llevará trabajo.

—¿Cómo puede tener ganas de ir de un lado para otro con esta noche? —Robson señaló las vidrieras, azotadas por un huracán terrible, que mantenía desiertas las luminosas avenidas de Colonia-Austral, a pesar de que poca gente era la que lograba dormir ahora, en la siniestra noche de la población cercada.

—Porque busco la verdad. Y deseo encontrarla, Robson.

—¿No será peligroso?

—Sí —Ward sonrió desafiante—. ¡Para el “Mutilador”! Yo no soy Mason...

Le dolía decir esto. Pero era absolutamente preciso lanzar la bravata en cada lugar que visitase. Alguien, entre todos ellos, posiblemente reaccionase. Aunque tal vez fuera demasiado ingenuo esperar algo así de un ser como el “Mutilador”.

Salió de la estancia. Alex Robson y Esther se miraron en silencio...

* * *

—Solamente quedan ustedes tres. Y no espero el menor resultado positivo de todo ello. ¿Les ha interrogado Mason, aquí en Colonia-Austral?

Walton y O'Malley se miraron entre sí. Luego miraron a Wilma Craig, la enfermera, pero la pregunta no iba dirigida a ella, sino a ambos periodistas.

—Mason habló con nosotros, desde luego —asintió Walton—. Pero no como si fuéramos sospechosos de algo raro...

—Lo siento. Mason era diplomático. Yo, no. De modo que díganme la verdad. Y no se ofendan si les considero sospechosos. Después de todo, el capitán Meredith y yo mismo estamos incluidos en la lista negra. Ustedes no podían quedar al margen.

—Eso es cierto —reconoció O'Malley, director del “Mars Herald”—. Después de todo, trabajamos con él; éramos colegas suyos. Y a Bernados le asesinaron...

—Recuerdo que Mason me preguntó algo sobre Buzek, el cirujano —intervino Walton.

—¿Sí? ¿Qué era ello?

—Me preguntó si le conocía. Yo le dije que sí, naturalmente.

—¿Es... que le conocía? —el tono de Ward se hizo tenso, vigilante.

—Sí —se tocó el estómago—. Me operó él hace tiempo. Una úlcera. Me dejó nuevo. Buzek era un prodigio con el bisturí en la mano.

—Como el “Mutilador” —observó agudamente Logan.

—No me refería a eso —torció el gesto Walton—. Buzek era un gran médico-cirujano. El que lo mató privó a la ciencia médica de un gran valor. No sé quién podrá llevar ahora el pabellón de cirugía de la Medical Society, que es en realidad el más importante de esa gran institución y... ¿Le ocurre algo, Logan?...

Ward estaba con la mirada fija en él. Cuando habló, lo hizo tenso:

—¿Qué es lo que ha dicho, Walton? ¿De dónde era director de cirugía Buzek?

—De la Medical Society, de Ciudad-Marte. No todo el mundo lo sabía, pero así es. Yo me operé allí.

—La Medical Society... —Ward meditó—. ¿Sabe usted quién construyó el nuevo edificio?

—No... —Walton frunció el ceño—. ¡Espere! ¿Sería... McDavis?

—Eso es. McDavis. Ya empezamos a encontrar eslabones. Se unen dos nombres.

—Es cierto —asintió O'Malley, ceñudo—. ¿Pero qué puede significar?

—No lo sé. Sólo sé que existe una relación entre las dos primeras víctimas, por remota que sea. Y eso ya es algo.

—¿Lo tomará como base de partida? —preguntó suavemente Wilma Craig.

—Es posible —Ward giró hacia ella los ojos—. Usted no me dijo que el doctor fuese director del pabellón de cirugía de la Medical Society, señorita Craig.

—¿Me lo preguntó usted acaso? Ni siquiera se me ocurrió referírselo.

—Creo que en eso tiene razón. Ahora quisiera preguntarle algo que no la he preguntado antes. Pero que puede tener su interés. ¿A qué se dedicaba últimamente el doctor Buzek, aparte de las operaciones habituales y su labor en la Sociedad?

—Es una pregunta rara, ciertamente —suspiró Wilma Craig—. Le podría decir que, como todo el mundo, el doctor tenía sus aficiones ajenas a la medicina. Pero, en realidad, estaba trabajando en un estudio sobre el cerebro humano, sus reacciones y reflejos, así como la intensidad de las radiaciones que esos reflejos mentales del hombre pueden emitir.

—Interesante, pero totalmente incongruente —dijo Walton—. ¿Qué diablos de relación puede haber entre esos experimentos y lo que era la ocupación habitual de Buzek?

—¿Realizaba él operaciones de cerebro también? —inquirió Ward; y ante

el asentimiento de la enfermera, dirigió una sonrisa significativa a Walton, añadiendo—: En medio de todo, tiene una relación. Buzek conocía la mente humana. Quizás en su aspecto quirúrgico y psíquico, no sé. Pero ése no es el caso. Ahora hemos de averiguar algo vital, algo que tal vez fue la base de partida de Mason para su investigación y posterior hallazgo. No olvidemos nunca que Mason fue un testigo de excepción en el asesinato de Bernados. Eso pudo ayudarle, unido a algún detalle que conoció posteriormente.

—¿Qué es lo que considera sirvió de base a Mason? —inquirió O'Malley, el director del “Mars Herald”.

—La forma en que Bernados llegó a sospechar y conocer la verdad... y dónde situó la cámara de microfilm, para captar lo que él esperaba. A mi juicio, eso puede ser el nudo de este enigma. Por eso quería hablarles a ambos. ¿Ustedes saben algo, oyeron decir alguna cosa, reveladora a Bernados, días antes de su muerte?

—En absoluto —denegó Walton—. Parecía irritable, eso sí, pero todo era por su hijo. Quería quitárselo a su exesposa, alegando que ella estaba casada y todo eso, y había perdido sus derechos maternos. Pero ni una sola palabra de lo demás.

—¡Un momento! —interrumpió O'Malley vivamente—. ¿Recuerdas que nos pidió dos días de permiso?

—Sí, eso es cierto —asintió Walton, el redactor-jefe del “Mars Herald”—. Eso fue cosa de una semana antes de su muerte...

—No, menos tiempo —arguyó O'Malley —... Cosa de cinco días. Estuvo dos fuera. Volvió, con su aspecto irritable, y tres días más tarde... ocurría lo que presencié Mason.

Logan preguntó:

—¿Para qué quería ese permiso? ¿Lo dijo?

—No. Alegó que sentía frecuentes jaquecas y quería hacerse examinar por algún especialista por si...

O'Malley se detuvo bruscamente. Centellearon sus ojos, fijos en Ward.

Éste también se había adelantado con viveza hacia él. En sus pupilas brillaba la inteligencia, la rapidez mental. Le alentó:

—¡Siga, siga! ¿Qué más, O'Malley?

—Nada más. Le concedí el permiso. Al volver dijo que estaba bien... pero se le veía irritable. Me contó sus problemas familiares y también que Dora estaba algo hostil con él, y seguramente se separaría por segunda vez. No parecía disgustado por esto... Y eso es todo.

—Pero usted se ha parado antes... porque pensó lo mismo que yo, ¿no es cierto?

—Sí, Logan. Creo que sí... —musitó O'Malley—. ¿Será eso lo que...?

—No lo sé —Ward se irguió—. Tal vez sea eso lo que llegó a averiguar

Mason. ¿Usted le dijo algo de eso?

—No. Solamente respondí a una pregunta suya algo rara. Me interrogó qué reportaje gráfico había realizado últimamente Bernados, cosa de unos días antes de su asesinato. Recordé dos y se los cité. Eso es todo.

—Bueno —Ward Logan, ya en pie, hundió las manos en sus bolsillos—. ¿Y qué reportajes fueron esos?

—Creo que puede encontrarlos en cualquier filmoteca... Incluso en la de aquí, a pesar de su reciente creación. Se trata de la visita del Presidente de las Naciones Unidas a Ciudad-Marte, la semana anterior a la muerte de Bernados, y la final del Torneo Interplanetario de béisbol, en la Colonia Lunar, número tres, para lo cual se desplazó él al satélite terrestre a tomar el reportaje. Dos días después de esa crónica pidió el permiso a que me he referido.

—Creo que ahora sé lo que tengo que hacer —Ward Logan avanzó hacia la puerta—. Gracias por todo, muchachos. Me han sido sumamente útiles todos...

Cruzó la salida. Los dos periodistas se miraron pensativos. Wilma Craig, mordiéndose el labio inferior, salió tras de Ward. También lo hicieron Walton y O'Malley, tras una breve pausa vacilante.

CAPÍTULO VII



PRESURADAMENTE salió a la calle el millonario. El ciclón de la noche era impresionante, y la oscuridad, más allá de los luminiscentes edificios blancos de Colonia-Austral, pavorosa de todo punto.

Un lejano fragor de aguas embravecidas, de huracanes desatados y de crujidos del árido suelo marciano, ponía los pelos de punta. Pero como si todo eso estuviera en un planeta distante, Logan caminó por la iluminada y ancha acera, a todo correr. En uno de los planos-guía luminosos de aquella ciudad prodigiosamente urbanizada, consultó algo. Vio que la filmoteca se hallaba situada a cosa de tres manzanas.

Se apresuró como nunca lo hiciera. Corrió como un gamo a lo largo de la acera, salvó una larga galería de porches, de grandes vidrieras como techo, y columnas plastificadas, de luz interior. Allí había una parada de aerobuses, pero éstos ahora no funcionaban. Ningún vehículo transitaba por las calles barridas por el huracán.

Por fin, llegó ante un edificio de forma octogonal, centelleante de vidrios y de luces. Sobre la amplia puerta, dos rótulos luminosos indicaban:

“Filmoteca. Historia gráfica de los mundos. Entrada libre continua”.

Allí no cerraban nunca. Las filmotecas en Marte eran como archivos de periódicos. Pero mucho más modernas. Bastaba buscar el tema o hecho deseado, en un gran catálogo. Se pulsaba el botón con las cifras correspondientes a lo elegido, y en una de las infinitas pantallas de que disponía el centro archivador, individualmente, se proyectaba el film, fotografía o reportaje elegido, con su texto leído por el “lector-robot”.

Era muy raro que dos personas solicitaran un mismo tema. No había más que una copia de cada documento. Si el pedido estaba ocupado por otro, un rotulito en la pantalla rogaba una espera, y pedía otro para suplir el anterior, y así pasar la espera de forma más amena.

Ward Logan sabía ahora que Hendrick Mason había ido a la filmoteca. Estaba plenamente seguro. Subió varios escalones apresuradamente. Se detuvo en seco en la entrada, sorprendido por lo que veía. De allí salió una mujer que se cruzó ante él. Al advertir su presencia, ella sonrió levemente burlona. Sus cabellos rojos los agitaba con violencia el aire huracanado, y adhería la tela liviana de su traje a las bellas curvas de su figura.

—¡Usted! —masculló Ward—. ¿Es que me he de encontrar con usted en todas partes? ¿Qué hacía ahí dentro?

—Ilustrarme, señor Logan... para si algún día he de convertirme en la

señora Logan, pueda alardear de cultura... —rió ella, sarcástica, siguiendo adelante.

Ward, perplejo, se dijo que debía estar en baja forma, para dejarse ganar en el cruce de ironías por aquella desconcertante criatura, azafata de una línea aérea, que en vez de dormir en plena madrugada, se dedicaba a reforzar su cultura visitando la filmoteca.

Refunfuñó algo y entró en el edificio. Se encaminó con largas zancadas a uno de los asientos con cabina individual y pequeña pantalla a la altura de los ojos. Presionó el archivador automático de “Actualidades”. Luego, surgió ante él, en una mesita, una placa metálica con los temas y número de los films respectivos. Eligió dos: la final de béisbol interplanetario y la visita del presidente de las Naciones Unidas a Ciudad-Marte.

En la pantalla hubo un zumbido, después de pulsar él los resortes correspondientes. Luego, se hizo la luz en el recuadro.

Pero no surgió película alguna. En vez de eso, un rótulo inesperado, breve: “Film desaparecido”.

Se borró la imagen. Luego se repitió. Los dos films habían desaparecido. En el acto se iluminó una luz roja, y se apagó la pantalla. Ward salió a toda prisa del compartimento.

No era posible que dos reportajes de actualidad faltasen en la filmoteca. Si un film no existía, no constaba en catálogo. Luego aquéllos habían estado.

¿Por qué no estaban ahora?

* * *

—¡Sí! ¿Por qué no están ahora?

—No... no lo comprendemos, señor —objetó con asombro el funcionario nocturno de la filmoteca—. Tienen que estar aquí. Es muy extraño todo esto...

Ward Logan trató de telefonear al capitán Meredith, para que acudiese a apoyarle en una demanda de revisar los films archivados, pero no fue preciso. El encargado, al ver que el teléfono no funcionaba, comprendió que Ward Logan era un hombre al servicio de la Ley, posiblemente un miembro de la SIP, en su opinión, y le rogó:

—Acompáñeme al archivo, por favor. Veremos lo que sucede.

El archivo se hallaba en la planta superior. Tenía cerradura electrónica, y era precisa una llave especial, de fuerza electromagnética, para abrirla sin provocar la alarma. Un objeto que sólo tenían los agentes especiales de la SIP... y los grandes ladrones internacionales.

Aquello resultaba cada vez más extraño. Dentro del archivo, un complejo mecanismo automático, hacía funcionar los selectores de films, según el resorte pulsado abajo, por los visitantes.

Nada más echar una ojeada, el archivero lanzó un grito agudo:

—¡Se lo han llevado todo! ¡Toda una sección de films, señor!

Logan exclamó:

—¿Eh? ¿Cómo es posible?

—¡Mire! —señaló un tubo cilíndrico de metal, totalmente hueco—. ¡La sección de “Última actualidad” en total! ¡Ni siquiera se han parado a seleccionar uno o dos films! ¡Más de una docena de ellos han sido robados! ¡Y hace una hora estaban ahí!

Ward Logan no esperó a más. Se lanzó escaleras abajo, después de dar las gracias al archivero. Saltó a la calle, mirando frenéticamente a uno y otro lado, sin ver a persona alguna. Una sorda ira le invadía. Allí había estado tal vez la prueba que tanto buscó Mason.

Un intruso lo había robado de la propia filmoteca, momentos antes de llegar él. El “Mutilador” le seguía de cerca, vigilaba sus pasos, sus actos... le incluso se anticipaba a ellos!

Se alejó, furioso consigo mismo y con lo sucedido. Como si hubiera estado aferrando un puñado de agua con los dedos, ésta se escapaba de entre ellos, sin dejar absolutamente nada dentro.

¿Dónde encontrar ahora aquella prueba vital que había creído hallar Hendrick Mason, la misma por la que lo habían asesinado brutalmente?

¿Dónde, en aquella noche torva y tenebrosa, en que la ciudad resistía los embates de una tempestad apocalíptica, y los hombres el torbellino violento de una sorda lucha contra el crimen y el terror que eran sus compañeros terribles en aquel aislamiento?

Ward Logan caminó unas manzanas, en dirección al Hotel Nébula. Cuando llegaba cerca de él, alguien le llamó con voz clara:

—¡Eh, Ward, un momento!

Logan se volvió. Era el capitán Meredith, que corría a él, agitando un papel en las manos. Lo esperó intrigado. El policía llegó a su lado, se detuvo a tomar alientos y refirió:

—¡Creo que existe una oportunidad, aunque pequeña! Hemos emitido un SOS a la Tierra, por medio de ondas de radio, y existe la posibilidad de que algún receptor de la Luna o de un satélite artificial, cante nuestro SOS.

—¿Tan apremiante es la situación aquí? —preguntó sombríamente Logan.

—Terrible. Las defensas electrónicas de la ciudad están hundiéndose virtualmente. Esto no estaba preparado para un temporal así... Creo que pereceremos todos, antes de diez o doce horas, si ese SOS no llega y es atendido por cualquier organismo o autoridad.

—Diablo, todo se pone bien —refunfuñó Logan. Contó lo sucedido al policía, y el rostro de éste se alargó—. Sin pruebas, sin indicios de nada... y con esa maldita amenaza ahí fuera, con todas las furias de esta tierra, amenazándonos de muerte a todos.

—No desesperemos aún, Ward. Si las pilas de energía electromagnética aguantan, el temporal no entrará en la ciudad. Después de todo, el viento es molesto y helado, pero inofensivo. Lo peor es que también se están agotando las pilas de los calefactores públicos, debido al intenso frío a que están sometidos. Dios quiera que ese SOS llegue...

—Sí, Meredith; ojalá sea así. No me gusta nada saber que puede matarnos la ira de esos elementos desencadenados... o la de un monstruo humano que se oculta y medra entre nosotros.

Meredith preguntó:

—¿Tiene alguna idea sobre su identidad, Ward?

—Una, muy leve. Necesitaba esos films para comprobarlo. Ahora, no sé qué hacer... Si hemos de morir aquí, es seguro que también perecerá nuestro criminal. Pero no es esa la clase de justicia que me gustaría.

—¿Sigue pensando en tomarse la justicia por su mano, en matar usted mismo al asesino de Mason, si logra dar con él antes que nosotros? —preguntó el capitán de la policía marciana.

—Lo haré, si no hay otro remedio. Pero a poco que pueda lo evitaré y entregaré a ese hombre a la Justicia. ¿Está satisfecho así, Meredith?

—Sí, es mucho mejor para todos de esa manera. Gracias, Logan. Su actitud en este caso es muy meritoria. No teniendo necesidad de complicarse la vida en nuestros problemas, se ha lanzado a investigar, incansablemente. Arriesga su vida, no duerme ni descansa...

—Hasta ahora no he corrido ningún peligro —rió Ward—. Y tampoco creo que descansara mucho, con el viento aullando de ese modo. Me parece que esta noche nadie descansa en Colonia-Austral.

—¿Ni siquiera nuestro enigmático “Mutilador”?

Logan dijo:

—Ni siquiera ese. Quizá menos que nadie. Está inquieto. Sabe que yo le sigo la pista, comprende que me voy acercando a él por momentos, y tiene miedo. Casi puedo intuirlo, Meredith. Si es él quien ha robado esos films, empieza a verse acorralado. No me sorprendería nada que intentase cualquier cosa para eliminarme, como hizo con los demás.

—A mí, tampoco —confesó Meredith—. He situado hombres en torno a este hotel. No tengo policías suficientes, pero sí personal voluntario de la mayor confianza. Esto de vivir en una ciudad casi desierta tiene sus inconvenientes. No hay nada de nada a qué echar mano en un momento de necesidad.

Ward manifestó su deseo de subir a su alcoba y tratar de meditar un poco, de estudiar sus apuntes. Si no encontraba claridad alguna en ello, quizás intentaría dormir. Pero solamente en ese caso.

Meredith aprobó su actitud, y ambos hombres se despidieron. Ward entró

en el hotel, subió a su piso y abrió la puerta del dormitorio. Cerró tras de sí, respirando con alivio, mientras su mirada sagaz recorría toda la estancia, sin encontrar en ella nada sospechoso.

Luego, observó que el rumor de la tormenta era mucho menos audible allí dentro que en el exterior.

Y eso siempre constituía un alivio para nervios tan tensos y doloridos como los suyos, a lo largo de una noche obsesiva, cuajada de momentos angustiosos.

Para él, aquel caso poseía cierta forma, todavía muy confusa. Pero forma al fin y al cabo. Lo que aquellos films hubieran podido revelarles era vital, pero había que saber perder y buscar la victoria por otros medios.

Todo estaba cada vez más difícil. Mason pudo llegar a una conclusión, pero evidentemente tuvo el auxilio de su celeridad en actuar. Ahora él, a pesar de todos sus esfuerzos, iba a remolque de Hendrick, el viejo amigo asesinado.

Se encaminó al lecho, con lentitud. Era inútil pensar en nada. Se sentía agotado, los nervios se serenaban y una laxitud amable y dulce se apoderaba de él por momentos, sumiéndole en un reparador amodorramiento.

Dormir era lo mejor. Dormir... Se dejó caer sentado en el borde del lecho. El jarrón de flores naturales, junto a la cabecera, daba un tono brillante y multicolor al cuarto del hotel. Se preguntó, confusamente, dónde diablos daría un lugar tan inhóspito como aquel flores tan bellas...

Tenía sueño, mucho sueño... Se le cerraban los ojos. Los párpados pesaban toneladas. Y el cuerpo agradecía tanto el sueño reparador, confortable y dulzón...

Sueño cama... flores... cama... dormir... flores... ¿Por qué las ideas acudían así, tan deshilvanadas y torpes, tan borrosas, como en una fuerte embriaguez?

¡Flores!

De pronto dio un respingo en el lecho. Combatió su modorra. Miró fijamente el jarrón de flores, intentando no dormirse. ¡Flores! Cuando dejó su apartamento no había flor alguna allí. Y él llevó siempre consigo su llave.

Flores... ¿Quién se las había dejado?

Se restregó los ojos, furioso. Corrió al grifo del agua, se derramó líquido helado por la cara y cuello, empapó sus cabellos. Después, algo más sereno, se lanzó hacia el jarrón de flores, conteniendo el aliento. Las sienes le martilleaban ahora, pero soportó firmemente la prueba. Alcanzó las flores. Luego, con ellas en la mano, corrió a la cristalera de la galería, la abrió de un empujón y lanzó las flores al espacio; fueron a caer a la luminosa calle. Dejó abierto, para que el aire huracanado y gélido entrase y limpiase los últimos restos del dulzón soporífero que emanaba de las flores.

Se mantuvo unos momentos, tambaleante. Luego, en la cerradura de la puerta, percibió un leve roce, apenas perceptible.

Alzó la cabeza, aún aturdido. Escuchó. ¡Alguien manipulaba en la cerradura!

Se dejó caer en el lecho, cerró los ojos. El corazón le latía con fuerza. Pero ahora, nada ni nadie le hubiera hecho dormirse. Simplemente, esperaba. Esperaba al visitante nocturno, que parecía ir a comprobar el efecto de las flores.

Su mente trabajó con agilidad en aquellos breves segundos de tensa espera. Habría de actuar muy rápidamente, porque de otro modo, el intruso vería enseguida que las flores no estaban allí, entraría en sospechas y se retiraría antes de que pudiera hacer nada por sujetarle.

Había llegado el momento tan esperado.

Mantuvo los ojos entornados, alerta los sentidos. La puerta comenzó a ceder. Una figura asomó en el umbral...

Negra, sigilosa, felina... Flotando su negra capa amplia, siniestramente extendidas las enguantadas manos... ¡y en una de ellas un bisturí de insólitas proporciones!

¡El “Mutilador” estaba allí!

CAPÍTULO VIII

DESASTRE



ERO rápidamente descubrió lo que ocurría. Sus malignos ojos, bajo la capucha negra ceñida a la cabeza, se clavaron en Ward Logan. Luego, en la mesilla vacía, en la vidriera abierta, que barría con viento helado la habitación.

Elástico, agilísimo, dio un fantástico salto atrás, pretendiendo escapar. Ward, simultáneamente, se irguió de un brinco, y se abalanzó sobre el “Mutilador”, que lanzó bajo la negra tela una sorda interjección de ira. Ward estaba seguro de que la voz le era familiar. Y eso que resultaba imposible definirla como masculina o femenina.

El asesino enmascarado fue muy sereno y muy hábil. Al correr Ward hacia él, con tanta agilidad como el propio criminal, éste se apresuró a cerrar la

puerta, y el pestillo cayó de golpe. Como la llave maestra utilizada por el “Mutilador” para entrar allí, estaba aún en la cerradura, Ward oyó su girar rápido, antes de que él pudiera extraer la suya.

Después, por el pasillo, se percibió un suave roce de pies, corriendo vertiginosamente.

Finalmente, logró abrir la puerta y saltó al corredor. Estaba tan desierto como las calles de Colonia-Austral. Ni rastro del maldito encapuchado negro.

Ward miró hacia el ascensor. Estaba parado en otro piso. No funcionaba. Claro que el asesino pudo haber utilizado la escalera, de la habitual clase automática, deslizándose hacia abajo con la rapidez de sus elásticas piernas, unida a la de los propios escalones móviles.

Corrió hacia la escalera, se embarcó en ella, salvando los tramos a grandes zancadas, sin importarle el hecho de que no llevara consigo ni un arma defensiva. Lo importante era capturar al enmascarado, y estaba dispuesto a lograrlo, frente a cualquier arma, con la sola ayuda de su furia vengadora.

De golpe se detuvo en seco. Miró fijamente al hombre armado que, con expresión tensa, le apuntaba con su pistola de proyectiles explosivos, plantado en mitad del corredor del piso siete.

—¡Alto! ¡Alto o disparo! —rugió el hombre. Luego, reconociendo al que llegaba, exclamó asombrado—: ¡Señor Logan! ¿Usted? ¿Qué busca con esa velocidad?

—¡Al “Mutilador”! —Ward explicó rápidamente lo ocurrido—. ¿No ha pasado por aquí?

—No, no. Seguro que no. Yo no me he movido de aquí...

—Tal vez el ascensor...

—No. No ha funcionado desde hace casi dos horas.

Ward, perplejo, miró largamente al hombre. Era un policía puesto allí por Meredith. Si decía que nadie pasó por allí, seguro que tenía razón.

—¡Vamos, seguramente arriba! ¡No se mueva usted de aquí, y vigile por si trata de escapar! ¡No le dé el alto, y si le ve, tire a matar sin vacilaciones!

Corrió de nuevo, ahora por el tramo ascendente, a una velocidad de vértigo. Salvó los pisos ocho, nueve, diez y once, llegando al suyo. Del doce, subió rápido al trece. De allí no pasó.

Otro policía armado le estaba encañonando. Y, como el anterior, al reconocerle bajó el arma, manifestando su sorpresa. Ward repitió la historia, muy excitado. El otro aseguró que no había subido nadie por aquel piso, ni se había utilizado el ascensor.

El problema presentaba un aspecto virtualmente insoluble. Salvo la única vía factible, la misma que viera utilizar al “Mutilador”, cuando asesinó a Mason: ¡la pared del edificio!

Corrió, a la ventana, con el policía. Éste se asomó, proyectando el haz de luz de su lámpara hacia la pared. La recorrieron a lo largo. No había absolutamente nadie en todo el edificio.

—Allí le vi tras la muerte de Mason —señaló el muro, entre los pisos cuatro y cinco—. Seguramente ahora ha podido ir más deprisa todavía, y ya alcanzó la calle.

—¿La calle? —el policía, sorprendido, silbó de un modo espaciado.

Otro silbido respondió. Los hombres armados surgieron al final de la manzana. Eran del personal instalado por Meredith para vigilarle. Logan no pudo ocultar su admiración por el formidable sistema montado por el capitán.

—¡El “Mutilador” ha estado aquí! —gritó el policía de la ventana—. ¡Y ha huido! ¿Le visteis por ahí?

El otro contestó:

—No. Nadie ha salido del hotel por las ventanas. Meredith nos ha recomendado especialmente esa vigilancia. Por aquí no ha podido salir del hotel...

Ward y el agente se miraron perplejos. ¿Qué podía suceder para que el “Mutilador” volviera de nuevo a eclipsarse?

—Habrá que registrar todo el edificio —señaló Ward rudamente—. Aunque no sé cómo ha podido desaparecer en tan poco tiempo, sin pasar por ninguna parte...

En ese preciso instante, todo sufrió una alteración brusca, repentina.

Las luces se extinguieron. La hermosa y blanca ciudad se redujo en un instante a la más total oscuridad. Las tinieblas cayeron sobre calles interiores de las viviendas y todo cuanto había poseído una de las radiantes luces de Colonia-Austral.

El apagón fue tan súbito que incluso provocó un grito colectivo de terror, sentido de extremo a extremo de la ciudad, y repetido acá y allá. En la calle, alguien avisó con voz potente:

—¡Los centros de energía se han agotado! ¡Ya no tenemos barrera protectora electromagnética, calefacción, ni siquiera luz eléctrica o nuclear! ¡Estamos perdidos!

Ward Logan tragó saliva, casi sin respirar en la oscuridad ominosa y terrible del Hotel Nébula, más atroz todavía si se pensaba que un criminal despiadado, un monstruo feroz y sanguinario, rondaba cerca, como un tigre hambriento, esperando su instante de matar, de destruir... de mutilar...

—Creo que ese hombre ha dicho la verdad —susurró—. Me temo que esto es nuestro fin... vencidos por los elementos de Marte.

Acaso cuando la Tierra conociera su último día, aquel en que sonarían las trompetas del Juicio Final, tras el fin del último ser humano sobre el mundo, se conocería un caos semejante, un terror tan vivo, lacerante y atroz, en una ciudad en sombras, azotada por un huracán, bajo un cielo denso, nublado y sombrío, en un clima glacial, que iba cada vez intensificándose más, y con la perspectiva de un tifón y de tempestades de arena que ahora arrojarían sobre la ciudad indefensa columnas con un peso de toneladas.

Las gentes se habían lanzado a la calle. Eran pocos, pero sus gritos y su terror valían por el de millones de seres. Era un auténtico apocalipsis, que las negruras hacían más terrible y alucinante. No se veían unos a otros. Los seres avanzaban por las avenidas como insectos por un desierto. Las prendas de abrigo, los trajes espaciales y cuanto poseían para combatir las bajas temperaturas, eran totalmente inútiles ante aquel descenso brutal del termómetro, ya que los calefactores internos de los trajes espaciales también poseían una duración limitada.

Y al término de la misma, el frío, el agua o la roja arena de Marte terminaría con los valerosos colonos de la Tierra, recién establecidos en Colonia-Austral. Jamás debió existir en la historia de los mundos un lugar tan hermoso, y de tan escasa existencia.

Ward Logan no tuvo vacilaciones. Era un hombre de rápido ingenio, y rápidamente levantó la tapa de los fusibles e instalaciones eléctricas, por energía nuclear, del Hotel Nébula. Aunque las pilas generadoras centrales estaban evidentemente agotadas, las de los edificios poseían una cierta carga, muy débil, para emergencias. Con rapidez, hizo la conexión debida y esperó.

Ahora, con total independencia de la red general, aumentada por las pilas atómicas agotadas, una luz mortecina, azulada, pero luz al fin y al cabo, se hizo en el hotel.

En los momentos siguientes Ward recordó las moscas y polillas. Los seres humanos, como atraídos por la luz, acudieron al hotel, entrando en sus dependencias, que ocuparon, implorando de los dirigentes del Nébula que no les echaran de nuevo al horror helado y en sombras de las calles ciudadanas.

Pero nadie pensaba en tal cosa. La humana solidaridad no conocía fronteras, ni siquiera en los espacios siderales. Cada cual ayudaba al prójimo a luchar, a defenderse, con ese humano egoísmo también, de hacerlo cuando él mismo se sentía relativamente a seguro.

El frío en el hotel era muy intenso, pero comparado con el del exterior, resultaba confortador. Así, Ward Logan se mantenía en el hotel y únicamente se ocupaba de atender a cuantos allí llegaban en busca de un poco de fraternidad y de apoyo.

Pero, entretanto, una idea le obsesionaba, rondando su mente: el “Mutilador” estaba allí, dentro del hotel. Lo había estado en todo instante, desde el momento mismo de su ataque, quizá desde mucho antes, como lo

demostraba la colocación de las flores letárgicas en su alcoba. Así lo probó el que nada más empezar a sentirse él adormecido, apareciera el tenebroso ser del bisturí...

A la luz incierta, de un intenso azul espectral, que alargaba y demacraba los rostros hasta hacerlos parecer fantasmas a todas, vio caras conocidas: Cunean McDavis, O'Malley y Walton, los Robson, Dora Bernados, en compañía de un hombre totalmente desconocido, que debía ser el sucesor de Bernados en el corazón de la mujer. También estaba allí Wilma Craig, y también Meredith, imponiendo orden a todos.

No faltaba absolutamente nadie. Incluso estaba allí alguien más. Alguien a quién no esperaba ver: Debbie Stewart, la bonita y extraña azafata del "Transmarciano".

Se dirigió rápidamente hacia ella, por entre la multitud reunida en el gran hall del Nébulas. Pero había demasiada gente por medio. Tardó más de tres minutos en llegar a donde ella estaba. Cuando alcanzó el lugar, Debbie había desaparecido. Tal vez le huía.

—¡La arena se está acercando a la ciudad! —chilló alguien, entrando en el Hotel con expresión demudada—. ¡Son oleadas de tierra roja, que nos sepultarán!

—Calma, amigo —le sujetó Meredith por un brazo, zarandeándole con violencia—. Aquí no necesitamos gente que nos cuente historias de miedo, ¿entendido? Sabemos que la arena llega. Serán oleadas, pero no nos sepultarán, si conservamos un ápice de sensatez. ¡Pronto, cerrad las puertas y ventanas, taponadlo todo!

—¡Capitán, hay gente en el exterior que pide entrar! —gritó otro.

—¡Tienen treinta segundos para entrar! ¡Luego, cerrad... quede quien quede fuera! ¡Es preciso salvar el mayor número posible! Y no salvaremos a nadie si nos enterneceamos. Caeremos todos aquí, con cualquier lugar abierto.

La orden se cumplió a rajatabla. Hubo que echar la doble puerta metálica, al cumplirse los treinta segundos, Muchos ciudadanos clamaban en las calles. Eran los rezagados, que no habían buscado refugio a tiempo. Ahora, era tarde. La arena roja, en nubes impenetrables, entraba ya en la ciudad como un alud incontenible.

—¡Van a morir! —chilló alguien—. ¡Capitán, no puede hacer eso!

Meredith se volvió, endurecido el rostro.

—¡Claro que lo haré! —rugió—. ¡Son miles de vidas las que ahora se refugian aquí! ¡No las sacrificaré por salvar otras cien vidas!

Su decisión, aunque dura, era justa. Ya la arena lo arrollaba todo a su paso, barría las calles y los cuerpos humanos saltaban de acá para allá, sacudidos por un temporal que jamás conocieron en su mundo.

Los alaridos del exterior hacían estremecer a la gente refugiada en el hotel. Meredith, muy pálido, apretaba los dientes, sufriendo más que nadie. Ward se acercó a él, palmeándole afectuosamente la espalda.

—No podía hacer otra cosa, capitán —dijo—. Le felicito por su decisión. Eso salvará muchas vidas.

—Gracias, Ward —el policía sonrió a Logan—. Pero no nos engañemos. Salvará vidas... mientras el mar no entre aquí. Entonces se habrá terminado todo. Esas oscuras y amargas aguas grises de Marte nos aniquilarán en breve... Quizás antes de que salga el nuevo día...

—¿Y del SOS a la Tierra?

—¡Nada! —jadeó Meredith—. No lo esperé nunca... pero quise mantener fe en algo.

—Entonces, no la mantenga en ese SOS, capitán. Conserve su fe en Dios. Es el mejor SOS que podemos enviar en estos momentos... y ése sí que llega. Sólo falta que Él nos escuche...

Meredith meneó la cabeza, grave y afirmativo. Luego, recordó algo. Levantó la cabeza y miró fijamente a Ward.

—¿Y el “Mutilador”? ¿Se quedó dentro del hotel?

—Sí.

—¿Dónde?

—No sé —Ward se encogió de hombros—. Ahora está aquí, entre nosotros...

Meredith dio un respingo. Contempló con aprensión los rostros azulados, largos y espectrales, que todo lo invadían, como un extraño mundo de aquelarre.

—¿Aquí? —tartajeó impresionado.

—Sí. Están todos nuestros conocidos. Ahora no caben ya dudas. Uno de ellos es el “Mutilador”. Solamente ellos saben que yo investigaba. Y trataron de matarme. El círculo se reduce. Casi podría señalar a cierto sitio... si no fuera tan grave cometer un error. Yo mismo no estoy seguro de nada. Es preciso esperar...

—Esperar... ¿el qué?

—No lo sé. Tal vez la respuesta a ese SOS...

* * *

El alud de arena roja estaba invadiendo la ciudad de arriba abajo. El ciclón ahora derribaba postes, vidrios, torres ligeras e incluso tendidos de aerovías.

Y el rugido del Mar Austral, tan próximo, ponía un vivo escalofrío de terror en todos. El fin se acercaba. Ineludible, mortífero, definitivo...

El silencio, se había hecho fuera. Era de imaginar cuál fue la espantosa suerte de los cien rezagados que hubieron de quedarse forzosamente fuera. En muchas ocasiones, la arena, en cantidades ingentes, golpeaba los muros, pareciendo que iba derrumbar puertas y ventanas reforzadas con postigos de metal. Un muro estaba resquebrajado por el peso de la arena caída encima.

Ward Logan consultó el reloj. Respiró hondo, mirando en derredor los cuerpos fatigados, los rostros febriles y exangües. Apenas si faltaba una hora para el nuevo día marciano.

Pero se preguntaba si aquel nuevo día llevaría luz, calor y esperanza, o el alud de muerte continuaría sobre Colonia-Austral.

Observó que muy pocos se mantenían despiertos. Salones, vestíbulos, escaleras y toda clase de lugares asequibles, estaban ocupados por millares y millares de refugiados que esperaban con vagas esperanzas el amanecer.

Sigilosamente, se puso en pie. Había reflexionado mucho durante la noche. En su mente había un cuadro casi completo de ciertos sucesos. Lento, sin producir el menor ruido, se movió, alcanzó la escalera automática, ahora inmóvil, por falta de energía.

Comenzó a subirla, salvando cuerpos tendidos, soñolientos, que no se movieron siquiera al pasar él. Pero Ward no advirtió que allá, en el hall, unos ojos malignos se alzaban ligeramente del brazo en que se apoyaba una cabeza que aparentemente dormía. Luego, otra figura furtiva comenzó a moverse, echó a andar detrás de Ward Logan...

Éste, bien ajeno a la persecución sigilosa de que era objeto, avanzó más y más, hasta llegar a la planta siete. La examinó a un lado y otro. Luego, se movió hacia la escalera de nuevo. Planta ocho. Nueve. Diez...

En la diez se detuvo. La suya era la doce. La nueve fue la de Mason. Examinó allí, una a una, las puertas de las alcobas. Llegó a la que hacía el número 1010.

Sus ojos escrutaron la alfombra, en el borde de la puerta. La luz era escasa, intensamente azul. Pero, aun así, bastaba para lo que buscaba él.

Allí vio una mancha oscura, una leve estría de un color rojinegro. ¡Una huella de los pies ensangrentados que, horas antes, se alejaron de la alcoba donde Mason fue asesinado!

¡El asesino, nunca había abandonado el hotel! ¡En realidad... ocupaba una habitación del piso diez.

El fingido deslizarse por la pared exterior, se alteró luego. Y mientras Ward bajaba en su busca, el “Mutilador” regresaba, con mayor celeridad aún, ocultándose en aquel cuarto del Hotel Nébula. Igual ocurrió antes. Tras el ataque a él, el “Mutilador” no escapó, sino que entró en un cuarto. Su cuarto.

Ward había mirado poco antes la lista de viajeros. Había un tal Hal Scott, en el número 1014. Había sospechado sin querer de aquel nombre. Le olía a

falso. Ahora ya sabía que era falso.

Movió la mano hacia el pomo. Probó la puerta. Estaba cerrada. Pero Ward no había perdido el tiempo durante el caótico alud sufrido por el hotel. Poseía una llave maestra, hurtada de conserjería. La aplicó a la cerradura. Abrió la puerta.

Se enfrentó a una habitación en sombras. Avanzó por ella y cerró la puerta tras de sí. Busco el interruptor, y dio la luz. Era difusa, azulada también, como en todo el edificio.

Había allí equipajes, ropas, todo lo que un viajero vulgar puede tener consigo. Pero aquel no era un viajero vulgar: era un asesino, un monstruo terrible.

Lo registró todo velozmente. Maletas, ropas, muebles. No encontró cosa alguna que confirmase sus sospechas. Pero tenía que haberlo en alguna parte, estaba seguro de ello.

De súbito, imaginó el lugar a propósito. Fue al cuarto de baño. Lo revisó con celeridad. No había nada. También era de esperar. Todavía quedaba un sitio, el último.

Ward Logan se encaminó a él.

Un gigantesco mueble-televisor, gemelo al suyo y a todos los demás que había en la casa, se empotraba en el muro. Rápido, Ward se cubrió el puño con la colcha de la cama. Resueltamente, cargó contra la pantalla ionizada.

Saltó en mil pedazos la pantalla fluorescente, reventada por el impacto.

Un escalofrío de horror, de angustia sin límites, de espeluznante incredulidad, sacudió a Ward Logan. Allí estaba todo. Absolutamente todo.

Cayeron unas prendas negras, dobladas, en un plástico espeso, pero tan ligero que no ocupaban el menor sitio. Detrás de ellas, encontró los recipientes ovalados, de plástico transparente... Y dentro de ellos...

Ya no tenía que buscar los miembros mutilados. Estaban allí.

En aquel preciso instante, se cortó la luz azulada. Se hizo la oscuridad total, en torno a Ward Logan y alguien entró en la habitación

CAPÍTULO IX

SORPRESAS



OGAN supo que todo había llegado a su término.

No había pasado desapercibida su maniobra sigilosa para llegar al cuarto 1014.

Sabía quién había abierto la puerta silenciosamente, rompiendo la conexión de luz, y dejándole encerrado en las tinieblas; con él a solas.

¡El “Mutilador”!

Ward Logan comenzó a retroceder de espaldas, lentamente, moviéndose en total silencio en la oscuridad. No respiraba, Tampoco su enemigo. Los pasos contrarios no se distinguían.

Era como una pugna terrible, la de dos felinos inexorables que se acechaban sin verse, adivinando su posición, sus intenciones, sus ideas...

Ward calculaba milimétricamente cada paso suyo, comparado con el que podía dar su antagonista. Pero ese cálculo, a los diez o doce segundos de moverse en la oscuridad, se convertía en algo inútil, porque el sentido de

orientación fallaba totalmente, y Ward no sabía si estaba a la derecha o a la izquierda del “Mutilador”... a diez metros de él, o encima suyo.

En varias ocasiones, llegó a su oído el jadeo del adversario. Pero rápidamente, un roce en el suelo, marcó la sigilosa, veloz maniobra del asesino, por eludir la orientación de su enemigo.

Los segundos se hacían largos, interminables, como si fueran de goma y una mano sádica los estirase hasta lo indecible. Ward había empezado a presentir que un filo lacerante, mortífero, buscaba su garganta en las sombras. Cuando la hallase, empezaría el “Mutilador” otra de sus escalofrantes operaciones.

Otra cabeza a un recipiente de plástico ovalado, otro ejemplar de cráneo humano a aquella horripilante, estremecedora colección sin igual en el orbe. Ahora, la suya, la del millonario caprichoso, metido a detective, Ward Logan.

No quería ocupar un puesto en aquel espeluznante museo de cabezas humanas. No sólo por sus millones. Ésos le importaban muy poco ahora. Lo que realmente tenía valor era la vida. Deseaba vivir. ¡Vivir por encima de todo!

De pronto, dio un paso en falso. Golpeó algo con tan mala fortuna, que perdió el equilibrio. Cayó sobre un mueble. En el acto, silbó algo en la oscuridad, y un sonido agudo se aproximó a él. Rápido,ladeó la cabeza y los hombros.

Un filo metálico, cortante y sutil, vibró junto a su cuello, casi le rozó la piel. Un jadeo humano sonó cerca de él. Ward Logan, lanzó un rugido de furia, y disparo una de sus rodillas.

El cuerpo con el que chocó, retrocedió dando tropezones. El dramático duelo era desigual en la oscuridad, porque Ward continuaba sin llevar armas. No esperaba ser sorprendido. Y éste fue su gran error. Ahora era tarde para enmendarlo.

De nuevo comenzó el duelo angustioso, enervante, en aquel denso mar de sombras. Sus gritos no harían efecto ninguno, porque en el exterior, el fragor de la tormenta era terrible, y ahogaba cualquier otro ruido o voz. Tenía que luchar solo. Solo frente a un asesino sin conciencia...

Esta vez la maniobra fue breve. Porque Ward Logan se encontró con una pared. Tanteó, buscando salir de ella. En este momento, percibió el rápido roce de pasos hacia él, quiso eludir el choque... y se encontró con que estaba metido entre un rincón de la estancia y el armario adherido al muro, de recio metal.

Chocó con el metal del armario. Su enemigo estaba ya encima. Lanzó un rugido de ira, esforzándose en pelear con sus solas manos, contra un enemigo armado con un bisturí largo y agudo.

—¡No me vencerás, cobarde! —aulló con voz potente—. ¡Nunca...!

Mentía y él lo sabía. Pero quería rebelarse contra aquel destino inexorable. Y no sabía cómo hacerlo.

De repente, ocurrió algo. La puerta de la habitación se abrió de golpe. Una voz potente y clara ordenó:

—¡Alto en nombre de la SIP! ¡Entréguese o disparo!

Simultáneamente, un enorme haz luminoso cayó sobre ellos. Ward Logan lanzó una exclamación de asombro, y se debatió, parpadeando, cegado por la luz. Igual le ocurría al hombre que manejaba aún el largo bisturí. Ward se lanzó sobre él violentamente, y le hundió sus dos puños en el estómago, lanzándole atrás, y haciéndole soltar su bisturí, que tintineó en tierra. Luego, otro mazazo al rostro le hizo chorrear sangre por la nariz.

Mientras el asesino se tambaleaba, gimiendo de dolor, Ward Logan se volvió a la persona de la puerta, cuya voz había creído reconocer, y lanzó una interjección al comprobar que era así.

—¡Usted! —masculló—. ¿Otra vez? ¡Oh, cielos, no es posible!

—Claro que es posible —sonrió Debbie Stewart, la azafata—. Se presenta a usted Debbie Stewart, agente especial de la SIP, del Cuerpo Femenino, elegido para cuidar de Hendrick Mason. Eso no lo cumplí bien, desgraciadamente. Pero al menos, he cuidado de usted...

En ese instante, todo el triunfo de Debbie Stewart, se tambaleó al sonar una voz helada a espaldas de ella:

—Suelte su arma, señorita de la SIP. Y usted no se mueva, Logan. Creo que aún no está todo perdido en este juego... Olvidaron un triunfo, ¿no es cierto?

—Sí, señora Robson —dijo lentamente Ward, mientras Debbie se disponía a arrojar al suelo su arma—. Casi me olvidé de usted, después de haber cogido a su marido... cuando en realidad el “Mutilador” son ustedes dos...

CAPÍTULO X

“¡SOS, TIERRA!”



UEGO empezaron a suceder cosas a un ritmo vertiginoso.

Ward Logan saltó como un tigre sobre Alex Robson, el físico, que aún no se había rehecho de los violentos mazazos de Ward. La mirada de Ward se había cruzado un leve segundo con la de Debbie y ella entendió su señal.

En vez de tirar el arma, Debbie se dejó caer de rodillas, giró su cuerpo flexible con una agilidad pasmosa, mientras un disparo mortífero de la esposa de Robson pasaba alto, hasta incrustarse en un muro, agrietándolo con su carga desintegrante, y ella misma apretó el gatillo de su arma sin la menor contemplación. Sabiendo que ahora todo estribaba en matar... o morir

Alcanzó a Esther Robson con dos proyectiles explosivos en el vientre a la que fuera primera esposa de Lewis Bernados...

Ella gritó roncamente, con una horrible expresión en el rostro. Un tercer balazo implacable de la valerosa mujer de la SIP que se hiciera pasar por azafata, destrozó su mano armada, impidiéndole disparar para saciar su odio en ella, antes de morir.

Esther Robson se dobló y fue cayendo lentamente, con una expresión de agonía atroz. Alex Robson gritó, extendiendo sus brazos:

—¡Esther, querida! ¡No, no puedes morir! ¡Por ti hice todo esto... hemos intentado juntos el gran proyecto...! ¡No puedes dejarme así...!

—Cierre la boca, maldito canalla —le acusó Ward, abofeteándole brutalmente, con expresión crispada—. ¡Perro sanguinario, no implore, que da náuseas oírle! ¡Ella ha tenido suerte de morir! ¡Pero usted irá a la cámara de la muerte lloriqueando como un cobarde que es! ¡Ande, vea morir a su mujer! ¿No es esto una venganza digna de dedicar al pobre Hendrick a quién usted asesinó cobardemente?

—No... no fui yo... —gimió Robson, lívido, sollozante—. Esther... le degolló... Ella... era una experta en eso... La enseñó... su maestro...

—El doctor Buzek, ¿no es eso? Y la enfermera Laura Hatfield, aprendió bien la técnica de operar... ¡para su monstruoso plan!

—Laura Hatfield... —Debbie contempló con asombro a Ward, apartando sus ojos serenos, de la inerte Esther Robson, que acababa de dar su último estertor, ante la desesperación de Alex Robson—. ¿La enfermera desaparecida?

—Sí. Ella y Esther Robson, antes Esther Bernados... Eran la misma persona.

* * *

—Bueno, Logan, y ahora que ha terminado esto, ¿va usted a referirnos qué mil diablos ocurrió, qué clase de diabólica trama realizaron los Robson, con sus ejecuciones horribles y su espantosa colección de cabezas humanas conservadas en alcohol venusiano, para no descomponerse ninguno de sus tejidos?

Ward Logan asintió despacio. Su mirada sombría fue a los ventanales atrincherados, tras de los cuales empezaba a verse una claridad difusa, gris y lívida. El nuevo día. Pero los embates de la arena y del agua continuaban. Las calles estaban ya inundadas, hasta una altura de casi un metro. Era cuestión de horas perecer, y ellos lo sabían. Pero aun así, la curiosidad humana del capitán Meredith, se sobrepuso a sus temores. Quería conocer la solución total del caso.

Ahora, Ward Logan, tras haber escuchado el relato de Debbie Stewart, la asombrosa, mujer elegida por la SIP para actuar bajo el más estricto secreto en Marte, podía completar totalmente el cuadro.

—Sí, Meredith —estudió a todos los demás. O'Malley tomaba notas, como si algún día pudiera salir de Colonia-Austral, para referir a su público la asombrosa historia de unas muertes horrendas—. Esto empezó hace tiempo. Con el afán del doctor Buzek, de medir las radiaciones cerebrales y su intensidad y potencia. Esa medición, simplemente científica, se convirtió en

una poderosa y audaz intentona, cuando él trabó conocimiento con alguien que le presentó su enfermera Laura Hatfield; el joven físico Alex Robson, que tenía revolucionarias ideas, sobre la creación de un ingenio capaz de moverse bajo el mando de una serie de cerebros humanos, conservados vivos mediante un proceso especial, y aunados en un solo cerebro rector, que por fuerza habría de ser mucho más poderoso que todos ellos dispersos. De ahí salió la idea monstruosa. Laura Hatfield se convirtió en la esposa de Lewis Bernados, el fotógrafo de prensa, pero transformada por una operación de cirugía plástica. No olviden que ésa era una de las especialidades del profesor Buzek. Logró un gran triunfo con Laura Hatfield, al convertirla en Esther Bernados. Nadie recordó a una, en relación con la otra. No tuvo hijos con Bernados, y apenas si estuvo casada con él cosa de un año. El niño lo adoptaron, y eso nos engañó sobre la fecha real de la boda de Esther y Lewis, y la desaparición de Laura Hatfield.

—¡Cielos, menudo enredo! —observó Sidney Walton.

—Pues eso no es nada. Lo complicado viene luego. Cuando convencen entre ella y Robson, a quién Esther conocía ya de su época como Laura Hatfield, al doctor Buzek, para que colabore con las tareas de investigación física y biológica de Alex Robson. Su idea parece ser buena, él es buen cirujano también, aunque Laura, lógicamente, le gana. Buzek duda, siente horror. Sobre todo, al ver la cabeza del pobre McDavis, su arquitecto de la “Medical Society”, inteligente y joven, tal como se requieren los cerebros humanos que pide Robson.

—¡Qué horror! —se estremeció Wilma Craig—. ¡Y no sospechar yo eso!

—Nadie podía sospecharlo. Buzek se horrorizó tanto, que exigió inmediatamente el fin del experimento, y quiso obligar a Robson a entregarse por su horrible crimen. El hecho de mutilar también las manos, no era sino una forma de ocultar la verdadera intención. Lo que les interesaba era el cráneo completo. Robson, en vez de entregarse, mata al doctor Buzek, cuya mente es también magnífica. Repite la operación.

“Pero resulta que un hombre, el reportero Bernados, que ya se separó de Esther y no le gusta nada la idea de tener al niño adoptivo, a quién quiere de veras, con una mujer que siempre consideró él como cruel y sin piedad para nadie, capta unas imágenes de la final de béisbol en la Luna, y allí ve juntos a Robson y al doctor Buzek. Su cámara les capta. Esa fusión le sorprende y le hace recelar. Sabe que Esther se ha casado con Robson, y el nuevo marido de ella no le gusta nada. Vigila a Robson. Buzek aparece muerto, y sus sospechas crecen. Pide permiso, pretextando unos dolores de cabeza. El pretexto se lo sugiere la especialidad mental del doctor Buzek, pero adonde va es a casa de Esther, logra entrar subrepticamente y meter una cámara diminuta automática. Esa cámara, capta a Robson, acaso con la cabeza de Buzek o tal vez con las dos. El registro de sonido capta lo que están hablando, lo que planean. Según Robson, la máquina perfecta sería con cien cerebros,

moviéndola a la vez con sus radiaciones magnéticas. Una atrocidad que tal vez sea cierto que ha logrado él canalizar. Pero digna de ser borrada de cualquier libro de apuntes, para que nadie jamás planee otra “máquina” pensadora a base de encéfalos humanos.

—¿Y entonces resuelve hablar con la SIP? —interrogó Duncan McDavis.

—Eso es. Es un problema científico, en Marte, que afecta a la SIP. Bernados comunica. Pero Esther o Robson han sospechado de él, le han vigilado de cerca, y entonces ponen en práctica el truco del traje negro, que han ideado por si han de actuar alguna vez ante testigos. Bernados nos dejó la clave, según vio Mason demasiado tarde, al empezar a decir: “Es...” No quería decir: “El culpable es...” Sino sencillamente: “Esther”... Rompieron la instalación a tiempo. Luego, Bernados fue muerto.

“Todo parecía ir bien. Era un enemigo menos... y un cerebro más, a la horripilante colección. Pero la SIP se mezclaba, enviaba un agente sagaz, obstinado, que se acercaba mucho a la verdad. Cuando, siguiéndole con cautela advierten que va a la filmoteca y examina las películas, comprenden su desastre. Robson jamás ha dicho que él tenga la menor relación con Buzek. Esa prueba y lo que ha ido ligando de acá y de allá, forman el caso completo.

“Entonces, se anticipan por poco tiempo a mi llegada. Robson, que es muy hábil disfrazándose, no sólo lleva el champaña a Mason, sino que vive como un tal Hal Scott en el Hotel, para así poder entrar y salir impunemente. Lo demás, del efecto teatral del encapuchado por los muros, lo hace Esther, que es la que mata a Mason, cuando le tiene paralizado, y la que se lleva la cabeza al cuarto... mientras Robson sale y me distrae, hablando conmigo en la calle. Es una buena coartada. Él no ha tenido tiempo de cambiarse de ropa y de tirar en parte alguna la cabeza. Yo, entonces, dejo de sospechar de él. Hasta que al irme enterando de la insistencia de Bernados en apartar al niño de Esther y de él, me hace ver que les cree mala gente. Eso, lógicamente; le ha debido llevar a vigilarlos. Y es a quienes quería acusar cuando le mataron.

—¡Diablo, Logan! No parece sino que haya presenciado usted todo el caso. ¿Cómo sabe lo de esos films tomados por Bernados en la Luna? ¿También se lo dijo Robson al ser capturado antes?

—No —sonrió Ward—. Eso fue Debbie la que me lo contó. Debbie Stewart, azafata. En realidad, agente secreto de la SIP, especialmente destinada a este caso. Ella fue la que robó los films de la filmoteca, ante mis propias narices. Como agente de la SIP, fue dotada de un receptor diminuto, y cuando yo hablé con ustedes de mi idea de ir a la filmoteca, ella se apresuró a ganarme por la mano, quedándose los films consigo. Tuvo el cinismo de saludarme a la salida, y yo hasta más tarde, no comprendí que ella era la ladrona, aunque no veía la razón de tal robo.

—¿Envidia de un aficionado? —rió Meredith.

—No, capitán —dijo altivamente ella—. Por el contrario, temía por su

vida. Nadie se fijaba en mí, ni nadie se imaginaba que yo trabajase para la SIP. En cambio Logan estaba jugando a ser cebo viviente y a llamar al asesino sobre su persona. No puede negarse que hizo todo lo posible por ser el quinto mutilado.

Ward rió divertido.

—Y usted, entretanto, haciendo de niñera mía. Pensó que era más seguro que yo no obtuviera esos films... porque el “Mutilador” podría atacarme.

—Eso es. Y cuando se le ocurrió subir a registrar, también me apresuré a seguirle, cuando vi que Robson se iba cautelosamente detrás de usted.

—La idea de que él ocupaba una habitación aquí, como refugio secreto y cuartel general, aumentaba en mí por momentos. No veía fácil que lo registrasen todo. Y muchísimo menos, el interior del tubo de rayos catódicos de un televisor gigante, donde estaban los recipientes con su contenido espantoso.

—De modo que un caso resuelto —suspiró Meredith, con una mirada admirativa a la muchacha—. Y, como siempre, por el SIP...

—La Policía Internacional del Espacio, nunca olvida sus deberes de mantener en todas partes la integridad, la ley y el orden —dijo Debbie—. Lástima que no pudiéramos hacer nada por Hendrick Mason.

—Nadie pudo hacerlo, Debbie —declaró Ward. La contempló, pensativo—. ¡Cielos, y yo que dije que me casaría con usted!

—Aún está a tiempo —rió ella—. Si es su destino el que lo decía... Pero mucho me temo que la boda no llegue más allá de unos minutos... justamente los que nos quedarán por vivir.

Enmudecieron todos. Ahora que conocían la asombrosa incógnita de los crímenes brutales del “Mutilador”, volvían a acordarse de la angustiosa situación, perdidos en medio del caos marciano.

Ward se aproximó a Debbie, la miró fijamente a los ojos y declaró:

—Debbie, usted podrá tomarlo a broma, pero ahora le hablo de corazón. Quiero casarme con usted. Y no me importará que vivamos una hora o cinco minutos. ¿Acepta una boda aquí... ahora mismo?

—Pero, Ward, ¿lo has pensado bien? —ella habló agitadamente, inclinando los ojos—. Un agente de la SIP... y un millonario.

—No es eso, Debbie. Tú no serás más agente cuando seas mi esposa. Lo dicen los reglamentos de tu organización. Y yo... no soy ya un millonario. ¿De qué sirven los millones, cuando uno está ya al borde de la Eternidad?

—Eso es verdad, Ward —suspiró Debbie lentamente. Fuera, los edificios crujían, el agua hervía en las calles, estrellándose contra los muros. Se estremeció la muchacha—. Nos queda poco tiempo... y la verdad es que te he amado desde el principio.

—¡Debbie!

—Por eso me molestaban tus alardes. Y tu dinero, que te hacía estar tan lejos de mí. ¡Lo que hubiera dado porque fueses uno cualquiera, Ward!

—Debbie, me haces muy feliz. Y ahora... ya no hay dinero que se interponga. Creo que me siento más feliz así... —el edificio crujió de nuevo, y Ward se volvió vivamente, tomando a Debbie entre sus brazos, hacia uno de los refugiados en el hotel.

—¡Reverendo, venga acá, por favor! ¿Puede celebrar una ceremonia en estas circunstancias? Se trata de una boda...

—Yo puedo celebrar una boda en estas condiciones, si me juran por su honor no estar incapacitados para ello y ser libres ambos.

—Tiene nuestra palabra, reverendo —dijo Ward Logan, y ella lo confirmó.

—Bien. En ese caso, hijos míos... vamos a proceder a haceros marido y mujer.

—¡Ward, esto es increíblemente maravilloso! —musitó ella—. Moriré feliz... a tu lado. Durante estas horas que he luchado por guardar tu vida he sufrido mucho...

Logan dijo:

—Ahora, cuando podría ser yo quien te librase a ti de todo mal... no puedo hacerlo, Debbie...

—Y ¿qué importa eso? Pero será un hermoso final, a pesar de todo...

Poco después el reverendo iniciaba la ceremonia. Meredith era el padrino. Y todo el hotel, los miles de refugiados que esperaban morir allí, los testigos de la sorprendente boda.

Una boda al borde de la Muerte.

El acto era tan hermoso, que todos olvidaron su temor... y juntaron sus voces, y pensamientos, en una oración sublime...

* * *

—... yo os declaro marido y mujer.

Se miraron ambos. Un matrimonio les prestó sus anillos para la ceremonia. Luego ambos se besaron suave, dulcemente. La voz del reverendo añadió, temblando un poco:

—Que Dios os bendiga, hijos míos...

Se inclinaron las cabezas, esperando la muerte. Debbie y Ward Logan seguían con los labios unidos.

Entonces, repentinamente, ocurrió algo en el exterior, un ruido nuevo y poderoso ahogó el estruendo de las aguas y la arena, amortiguó el zumbido del viento.

—¡Reactores atómicos! —aulló alguien—. ¡Son aeronaves!

—¡Aeronaves terrestres! —añadió a gritos Meredith—. ¡Es cierto! ¡Pasan sobre nosotros!

El conserje del hotel se lanzó velozmente al contacto de los altavoces. Lo accionó. Era tiempo. Por la rejilla del altavoz surgió una llamada:

—¡Amigos de Marte, ánimos! ¡Ciudadanos de Colonia-Austral! ¡Estamos aquí por fin! ¡Hemos oído vuestro SOS por radio, aunque muy débil! ¡Les traemos equipos nuevos, un grupo atómico para poner en funcionamiento las barreras antitormentosas! ¡Estáis salvados, no temáis ya nada!

Y como un himno triunfal y maravilloso, el incesante paso de las naves recién llegadas, subrayaba las voces de aliento, de esperanza...

—¡Salvados! —gritó, frenético, Duncan McDavis—. ¡No es posible!

—¡El SOS llegó! —aullaba O'Malley—. ¡Llegó a la Tierra nuestro SOS!

—¿A la Tierra... o a Dios? —preguntó gravemente Ward Logan, sujetando contra sí a Debbie.

Todos callaron, sobrecogidos. El reverendo cayó de rodillas y pidió:

—Recemos todos en acción de gracias, hijos míos... Recemos...

Nadie se quedó atrás en aquella nueva, triunfal oración de gratitud de amor, y de consuelo.

—Ward... —susurró Debbie—. Y ahora... vamos a seguir viviendo...

—Sí.

—Y estamos casados...

—Sí.

—¡Tú eres rico, poderoso! ¿No te arrepentirás?

—Debbie... ¿te arrepentirás tú?

—Oh, Ward... yo no podría... en modo alguno.

—Entonces, vida mía... demos también gracias a Dios por esto...



Alguna VEZ, AL DESPERTAR POR LA MAÑANA SE HABRÁ USTED PREGUNTADO...
¿QUÉ SIGNIFICA LO QUE HE SOÑADO ESTA NOCHE?
¿POR QUE LO HE SOÑADO?

LOS SUEÑOS

SU EXPLICACIÓN Y SIGNIFICADO

por NUSAN (2.^a edición)

Prólogo de A CHILLE D'ANGELO

(“El Mago de Nápoles”)

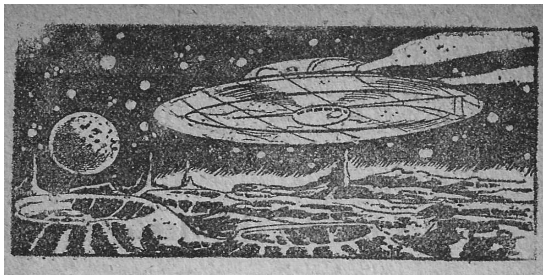
La interpretación y explicación de los sueños constituye, como la quiromancia, una de las ciencias más positivas y notoriamente aceptadas.

Esta INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS es, realmente, una obra digna y positiva, que presenta su compilación como base de investigación científica y ofrece la experiencia y convicciones del autor, gran estudioso y entendido en esta apasionante materia.

Con esta obra usted comprobará que la significación de sus sueños y pesadillas no es, frecuentemente, la que usted supone. Sus páginas abrirán a su espíritu interrogante todo un mundo de revelaciones y experiencias que definirán sus ocultas emociones y serán fruto de enseñanza para su porvenir.

Un tomo de 224 PÁGINAS

Pídalo en todas las librerías y a Ediciones Toray, S. A.,
Teodoro Llorente, 13 – Teléfono 35 60 00 - Barcelona



¿LE GUSTARÍA A USTED EXISTIR DENTRO DE CIEN, DOSCIENTOS O TRESCIENTOS AÑOS?

Sería fascinante, ¿no es cierto?

El medio de realizar este maravilloso sueño y de vivir AHORA los prodigiosos hechos que conocerán las futuras generaciones, se lo brinda la famosa

Colección ESPACIO

Un mundo nuevo, atrayente y desconocido se abrirá para usted en cada uno de sus impresionantes relatos.

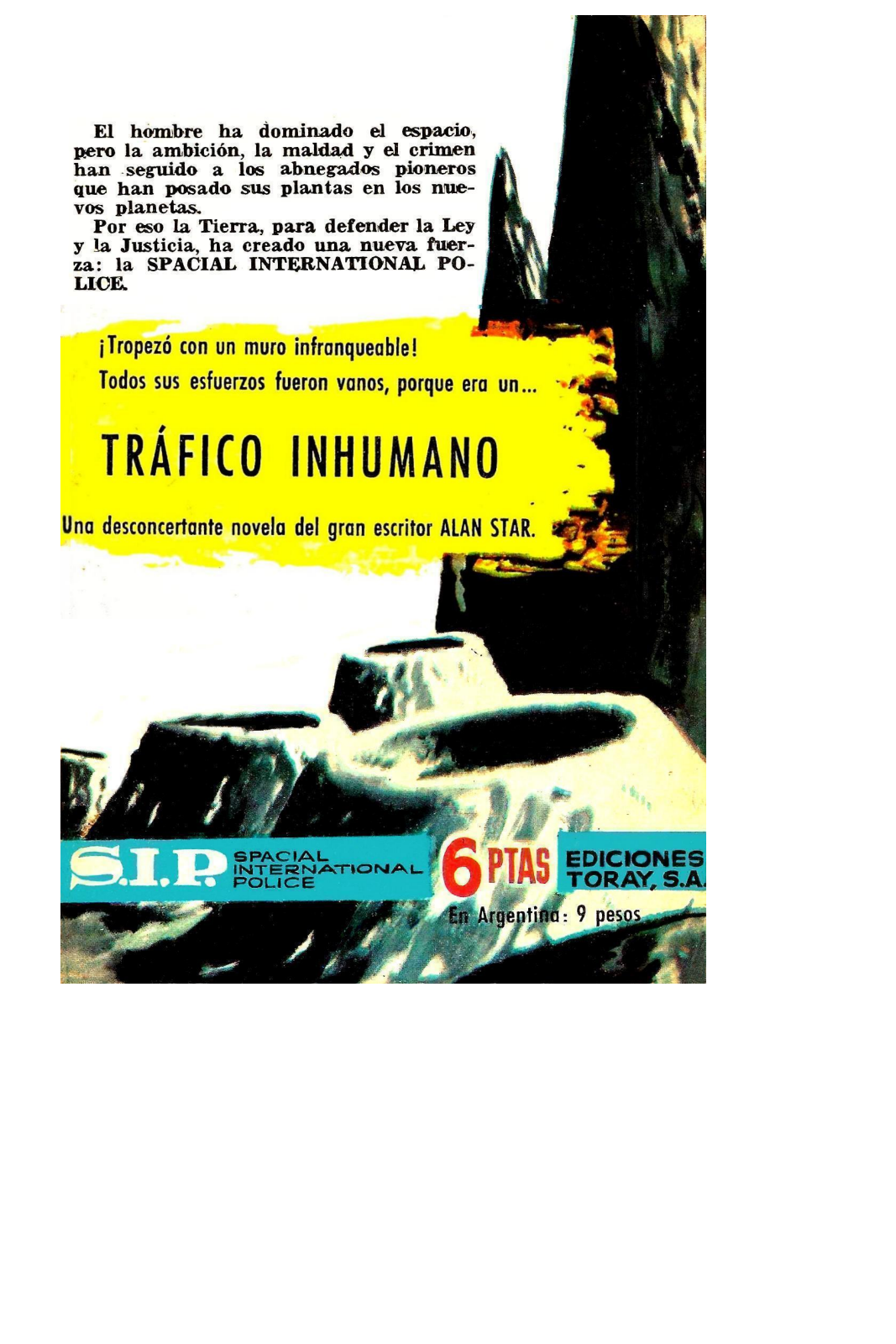
Colección ESPACIO

Cada título es la intrigante y humana aventura de unos hombres que todavía no han nacido, en el marco incomparable de esos ignotos mundos, de los cuales, hasta hoy, sólo ha llegado hasta nosotros como un mensaje indescifrable, el parpadeante destello de su remota y misteriosa luz.

¡SI DE VERAS QUIERE USTED GOZAR DE EMOCIONES NUEVAS Y SOBRECOGEDORAS, ADQUIERA TODOS LOS VOLUMENES DE ESTA PRODIGIOSA Y ELECTRIZANTE COLECCIÓN!

COLECCIÓN S. I. P.
ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- 35.— Con el agua al cuello.— Alan Star
- 36.— Contrato fatal.— Alan Comet
- 37.— Muerte a distancia.— Alan Star
- 38.— El horror verde.— Johnny Garland
- 39.— ¡Muerte fosforescente!— Johnny Garland
- 40.— Garras invisibles.— W. Sampas
- 41.— Cráneo de plata.— Johnny Garland
- 42.— Rejas de arena.— Alan Star
- 43.— El signo de la momia.— Johnny Garland
- 44.— Fuego mortal.— W. Sampas
- 45.— Policía podrida.— Alan Star
- 46.— El planeta negro— Johnny Garland
- 47.— ¡Llega el Ku-Klux-Klan!— Alan Star
- 48.— La plaga azul.— Johnny Garland
- 49.— Agente femenino.— W. Sampas
- 50.— Cadáver en el espacio.— Johnny Garland
- 51.— La banda de los nictálopes.— W. Sampas
- 52.— ¡Callowan culpable!— Alan Star
- 53.— ¡S.I.P. contra la ley!— Johnny Garland
- 54.— Un gangster en la S.I.P.— Alan Star
- 55.— Tela de araña.— W. Sampas
- 56.— Trampa para caballeros.— Alan Star
- 57.— ¡S.O.S., Tierra! — Johnny Garland



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¡Trozó con un muro infranqueable!

Todos sus esfuerzos fueron vanos, porque era un...

TRÁFICO INHUMANO

Una desconcertante novela del gran escritor ALAN STAR.

S.I.P. SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

**EDICIONES
TORAY, S.A.**

En Argentina: 9 pesos